

# **EL PROLOGO AL EVANGELIO DE JUAN**

## **INTRODUCCION:**

### ***BREVES PINCELADAS SOBRE LA HISTORIA DEL TEXTO BIBLICO***

Antes de afrontar el prólogo al evangelio de Juan, y como introducción para nuestro encuentro, nos disponemos ahora a analizar algunos aspectos destacables de la historia del texto bíblico. Nos preguntaremos por el recorrido que han seguido los evangelios, desde que salieron de la pluma de los autores hasta llegar a nuestras manos, pasando a través de las diversas traducciones. Apuntaremos algunas indicaciones técnicas al respecto que pueden resultar interesantes de cara a la comprensión global de la Escritura.

Los Evangelios no fueron escritos en hebreo, como algunas personas todavía creen, sino en lengua griega. El Antiguo Testamento, en cambio, si fue escrito en hebreo. En tiempos del Nuevo Testamento, el griego era la lengua franca para el comercio y para las relaciones entre las naciones, como hoy sucede con el inglés. Por eso, los autores, a fin de hacer llegar su mensaje al mayor número posible de personas, abandonaron la lengua considerada sagrada para optar por la más conocida de la época, el griego, lo cual garantizaba una mayor difusión.

¿Dónde escribían los autores? Inicialmente, lo hacían en papiros. Los papiros eran tiras sacadas de la planta homónima, en las que se escribía por una parte en horizontal, mientras que por detrás, en cambio, se escribía verticalmente. Este dato no es insignificante, porque escribir sobre franjas horizontales resultaba bastante cómodo, pero hacerlo por el envés, en líneas verticales, ofrecía complicaciones.

Otro aspecto destacado, pues pone de relieve la dificultad notable que deben afrontar los traductores, es el hecho de que escribían siempre con letras mayúsculas, y todo seguido, sin interrupción entre las palabras. Sucede a veces, en consecuencia, que no resulta fácil dividir las palabras. En griego, de hecho, existen términos que pueden significar una cosa u otra, una palabra determinada u otra, de acuerdo con la división de la frase que se haga.

Un ejemplo al respecto lo hallamos en el Evangelio de Marcos, cuando Jesús, tras la solicitud que le hacen Juan y de Santiago de sentarse uno a su derecha y el otro a su izquierda, responde: "*sentarse a mi derecha o a mi izquierda no toca a mi concederlo; es para...*" (Mc 10,40). En el original griego, en este momento sigue una palabra que se escribe "*alloys*", término que si se divide en "*all ois*" significa: "*aquellos a quienes el Padre ha destinado*" – y, por tanto, no excluye que también Juan y Santiago puedan ser objeto de esta designación por parte del Padre; pero si, por el contrario, usamos la palabra "*alloys*" sin dividirla, entonces la respuesta de Jesús adquiere otra tonalidad bien distinta: "*no es para vosotros, sino para otros*", vendría a decir Jesús, con lo cual Juan y Santiago quedarían excluidos. Este simple ejemplo permite apreciar el nivel de dificultad de la traducción.

Ahora bien, con el paso del tiempo sucedieron cosas imprevistas. Tal vez, el Espíritu Santo o los mismos evangelistas no habían programado la aparición de un fenómeno inapelable: el declinar progresivo de la lengua griega. Los evangelios habían quedado compilados y reunidos alrededor del año 90, pero apenas algunos decenios más tarde, en torno

al 180, la lengua griega comienza a perder importancia. Mientras que aún en el año 90 el griego era la lengua comercial - tenemos textos de personas romanas que escriben en Egipto o en otras naciones y usan la lengua griega, aunque probablemente no la sabían hablar, poco a poco comienza a declinar y va cediendo paso a otras lenguas que salen al escenario con fuerza, según las diferentes regiones. En nuestra área occidental, el latín adquiere preponderancia..

Al comienzo de la era cristiana, para el uso litúrgico y eclesial, se sigue leyendo el texto en la lengua original, el griego, mientras que para el pueblo se hace una traducción adaptada en latín. Con el paso del tiempo, se advierte la necesidad de utilizar materiales escritos directamente en latín. Fueron así surgiendo numerosas traducciones del texto bíblico en las diversas lenguas, traducciones que, sin embargo, contenían frecuentemente bastantes errores. Traducir, en efecto, representa una empresa bien ardua. Consecuencia de la complejidad de la empresa, se fueron acumulando muchas versiones del mismo evangelio, completamente diferentes las unas de las otras.

Una fecha importante: en el año 382, el Papa Dámaso encarga a san Jerónimo revisar la traducción de los evangelios al latín, partiendo de las numerosas versiones ya existentes, y además, traducir todo el Antiguo Testamento, en este caso, del hebreo al latín. Jerónimo era realmente un genio, una persona de una vastísima cultura y poseedor de una capacidad de trabajo ingente. Pues bien, Jerónimo, pese a dedicarse con todas sus fuerzas a una obra tan descomunal, naturalmente, el trabajo de una sola persona no podía estar exento de imperfecciones y de errores. Pensad, por ejemplo, que para traducir el libro de Tobías empleó un día, y el libro de Judith lo tradujo en una sola noche.

Es inevitable que en una traducción se cometan errores, y más aun si se trata de una lengua como el hebreo, en la cual no se escriben las vocales, tan solo las consonantes. Por poner un ejemplo, las letras CRN formarían una palabra que, dependiendo de las vocales que coloquemos, en nuestra lengua se puede leer CaRNe, CueRNo, CoRoNa, y así sucesivamente, numerosas variantes tienen cabida. Esta característica del hebreo complica notablemente el rigor en la traducción.

Los errores de traducción cometidos por Jerónimo, ciertamente disculpables pero errores al fin y al cabo, dieron lugar en ocasiones a consecuencias pintorescas, diríamos, un tanto folclóricas. ¿Recordáis la hermosa estatua de Moisés obra de Miguel Ángel que se encuentra en la iglesia de San Pietro in Vincoli de Roma? ¿Cuál es su característica más sobresaliente? ¡Moisés aparece con dos cuernos en la cabeza! ¿Por qué? Hay una palabra en hebreo que se lee "*cheren*". Jerónimo la leyó "*choren*", con lo que, en vez de "*radiante*", tradujo "*cornudo*". De manera bastante cómica, la versión latina de ese pasaje del libro del Éxodo suena así: "*Cuando Moisés bajó del monte Sinaí con las dos tablas del Testimonio en su mano, no sabía que la piel de su rostro se había vuelto cornuda*" (Ex 34,29). "Cornuda", figuraos el desconcierto de los lectores por muchas generaciones. Lo cierto es que hasta el siglo 16, Moisés era siempre representado con los cuernos.

Existen, sin embargo, otros errores de traducción más graves, ya que dieron pie a desviaciones en la espiritualidad. Por ejemplo, otra equivocación de Jerónimo desvirtuó la traducción del libro del Génesis, en el episodio de la maldición de la serpiente. Allí, Dios dice: "*pondré enemistad entre tí y la mujer, entre tu estirpe - la de la serpiente- y la suya -la de la mujer-*". "*Esta te aplastará la cabeza mientras acechas tú su calcañar*" (Gen 3,15). Jerónimo, en vez de traducir "*ésta*" –es decir: "*el linaje de la mujer te aplastará la cabeza*"-, tradujo con el pronombre personal femenino "*ella*" – así pues, "*la mujer te aplastará la cabeza*".

La mujer que aplasta la cabeza de la serpiente, ¿quién puede ser? ¡La Virgen! ¿Recordáis la imagen de la Inmaculada Concepción? La Virgen María es representada como una mujer que aplasta la cabeza de una serpiente. Pues bien, también esta imagen se debe a un error de traducción. Acabar con la serpiente no es tarea de la Virgen, o por lo menos, no solo de ella, sino de toda la estirpe, es decir, de toda la descendencia del hombre, en una palabra, de toda la

humanidad. Como véis, un simple error o descuido puede producir una desviación teológica.

Interpretaciones personales de los textos condicionaron en determinados momentos la obra de Jerónimo. En algunos casos, el texto había llegado a sus manos en deficientes condiciones de conservación, por lo que no se comprendían las palabras; otras veces, interpretó los nombres propios como nombres comunes; y, en ocasiones, se dejó llevar por sus propias convicciones ideológicas o por sus premisas de pensamiento. Por ejemplo, en el libro de Isaías, cuando se habla de la descendencia de David, se dice que "*su morada será gloriosa*" (Is 11,10). Jerónimo, sin embargo, traduce con: "*su sepulcro será glorioso*", haciendo referencia por analogía al sepulcro de Jesús. Errores de este tipo cometió muchísimos; algunos sin consecuencias, pero otros causaron daños considerables.

Incluso el mismo nacimiento de los demonios, con las incalculables consecuencias nefastas a que daría lugar, debe su origen a una traducción inexacta. En efecto, la tragedia que supuso el sacrificio de centenares de mujeres, consideradas brujas por haber mantenido comercio carnal con el demonio, se debe a una traducción equivocada, traducción errónea que dio rienda suelta al surgimiento de una serie de valores ideológicos del todo ausentes en la Biblia.

Detengámonos un momento en este tema: el nacimiento de los demonios. Cuando fue escrita la Biblia, la civilización hebrea era todavía muy arcaica. En ella pululaban numerosas creencias pertenecientes al mundo de la mitología, creencias que dejaron sus huellas en los escritos bíblicos. El mundo mitológico griego, de hecho, estaba habitado por innumerables duendes, espíritus, faunos, centauros, sirenas, arpias, etc. Mas adelante, cuando la Biblia fue traducida del hebreo al griego, la sociedad era ya bastante más evolucionada. Por lo que había dejado de creer en la existencia de estos seres. Por ello, los traductores griegos de los LXX, cada vez que se topaban con uno de estos personajes, lo traducían sistemáticamente con el término griego "*demonio*", que significa "*pequeño espíritu ingenioso y agudo*"; unos seres cuya actividad a veces puede ser positiva, y otras veces, negativa.

Jerónimo, por su parte, siempre que encontraba uno de estos seres, traducía el vocablo del griego al latín usando indiscriminadamente el equivalente al nombre *demonio*. Sin embargo, haciendo de este modo, se perdían de vista las diferencias considerables existentes entre unos y otros tipos de demonios. Podéis comprobarlo directamente en la Biblia; en Isaías 34,14 la Biblia hebrea dice: "*los Sheirin*" – serían nuestros sátiros, los centauros, personajes provistos de un cuerpo de caballo o de asno y el rostro humano - "*se llamarán unos a otros; también allí reposarán las Lilit*" - estas últimas eran espíritus de solteronas, mujeres que se aprovechaban del hombre cuando éste dormía para quedar encinta, algo parecido a las arpias.

En la traducción de los LXX, este pasaje es traducido enteramente con el término "*demonio*". Jerónimo, a su vez, traduce con "*demonio*" y con "*holocentauros*". A partir de ahí, la confusión va in crescendo. La traducción de la CEI (Conferencia Episcopal Italiana) convierte a los *Sheirin* en gatos salvajes que se encuentran con las hienas. En otras ocasiones, en lugar de las *Lilit* (estos espíritus solteras), se traduce por "lechuzas", etc. Un Salmo famoso, el Salmo 91, que en hebreo habla de un cierto "*Iasihud*" - una divinidad que actúa durante las horas del día en que hace más calor, por lo que ofusca un tanto el cerebro -, hoy se traduce con "*el azote que devasta a mediodía*" (Sal 91,6). Pero Jerónimo en su Biblia tradujo: "*el demonio meridiano*", o sea, optó por una traducción que avalaba la existencia de este mundo poblado por demonios que pueden hacer daño a las personas. Y como éste, podríamos sacar a relucir aun numerosos ejemplos.

La traducción de la Vulgata ocasionó además, lamentablemente, una grave desviación del concepto de "*divino*". ¿Por qué? Jerónimo encuentra en el libro del Génesis un nombre atribuido a un dios, "*Shaddai*": un nombre misterioso, cuyo significado nos resulta desconocido aun en nuestros días. Los últimos estudios apuntan a que este Shaddai era probablemente una de las divinidades que habitaban las montañas. En el curso de la historia del pueblo, cuando, a

través de numerosas vicisitudes, enfrentamientos, conquistas, etc, el Dios de Israel comienza a imponer su dominio sobre los otros pueblos circundantes, a través de la preponderancia guerrera, los israelitas atribuyen a Yahvé ese título. Lo hacen con la finalidad de ir gradualmente unificando las numerosas divinidades bajo el dominio del único Dios. Era, pues, un modo de reunir bajo Yahvé todos los atributos de las divinidades circundantes. Pues bien, en su desconocimiento del significado preciso de este título, ¿qué hace Jerónimo cuando en Génesis 17,1 encuentra: "*Yo soy «El Shaddai»*"?, ¿cómo lo traduce al latín?

¡Omnipotente! Jerónimo traduce "*El Shaddai*", el nombre de la divinidad montañera, por ¡"*omnipotente*"! De este modo, donde el texto hebreo decía simplemente "*Yo soy el dios de la montaña*", encontramos con estupor que se ha producido una sorprendente transposición de significado. Ahora, este dios se presenta como: ¡"*Yo soy Dios omnipotente*"! Y a partir de ahí, siempre que aparece esa acepción, Jerónimo la traduce por "*omnipotente*", cuando, en realidad, este término en la Biblia no aparece nunca referido a Dios. Indicaba antes que este término ha tenido consecuencias devastadoras. ¿Cuál es la razón? Bien, con el concepto del "Dios omnipotente", lo primero que a cualquiera le viene a la mente es que nos encontramos ante un Dios que todo lo puede, un Dios cuyo poder es ilimitado. Pero este es un tema extremadamente delicado, porque sutilmente aquí se desliza en seguida el problema del mal. En efecto, si Dios lo puede todo, pero aun así no elimina el mal, estamos ante un problema serio. Eso quiere decir que Dios o no es omnipotente, o no es bueno, una de dos. Se mire por donde se mire, efectivamente, la conclusión irrefutable es que se trata de un Dios cruel y malvado, o bien, de un Dios débil.

La traducción de Jerónimo ha tenido consecuencias nefastas. Sin quererlo, se ha convertido en la roca sobre la que se han fundado los no creyentes, los ateos y numerosas personas que han rechazado esa imagen de Dios, una imagen completamente ajena a la intención de los autores bíblicos. La idea de la omnipotencia, efectivamente, brilla por su ausencia tanto en el antiguo testamento como en los Evangelios. Paradójicamente, ¡el ateísmo se funda sobre una traducción errada! Si Dios es omnipotente pero nos deja en este estado de miseria sin obrar el bien, no nos sirve para nada. Pero el caso es que en los evangelios jamás se encuentra esa idea de "*omnipotente*"; naturalmente, podemos afirmar que Dios lo puede todo, pero lo puede todo en aquello que Dios es. Dios es amor, y lo puede todo solamente en ese ámbito del amor. Si no existen canales a través de los cuales encauzar ese amor, la omnipotencia divina permanece "inutilizada", a la espera de encontrar cauces de actuación acordes con su ser amor.

Decíamos que, por lo que respecta al Antiguo Testamento, Jerónimo tradujo directamente del hebreo al latín; pero en el caso del Nuevo Testamento, no fue así. Jerónimo se limitó a tomar las diferentes versiones (códices) ya existentes, e intentó, de algún modo, ponerlas de acuerdo entre si; sin embargo, también en este apartado cometió errores graves. Algunos de estos errores no merece la pena mencionarlos, aunque a veces hayan influido negativamente en la espiritualidad. Otros, sin embargo, fueron causa de muchos miles de muertes. Al caso es que, intentando poner en orden las traducciones con las que contaba, el pobre Jerónimo cometió un error mayúsculo. En el evangelio de Juan, cuando se habla del buen pastor y se nos dice que Jesús libera al rebaño de las ataduras del ovil (imagen de la liberación y de la constitución del nuevo pueblo), el texto griego dice: "*serán un solo rebaño y un solo pastor*". Jerónimo, confundido por el término "redil" que aparecía un renglón más arriba, escribe: "*serán un solo redil y un solo pastor*" (Jn 10,16).

Con esto, tergiversó por completo el sentido del texto. En efecto, lo que Jesús quería decir es que había acabado ya de una vez por todas la época de las empalizadas, de los recintos sacros; en otras palabras, que el grupo de los creyentes no estaba recluido dentro de un vallado (haciendo referencia a la ley de Israel). No es un recinto cerrado el ámbito propio del grupo de los discípulos de Jesús ni su señal de identidad. A partir de ahora habrá un rebaño compuesto por todos aquellos que acogen a Jesús como modelo de amor y como pastor de sus vidas. Con este lapsus de traducción, "*un solo redil*", Jerónimo desencadena un reguero de violencia inaudito. Puesto que cada iglesia pretendía ser el único verdadero redil que Jesús había

preestablecido, hizo falta bien poco para que pronto surgieran feroces guerras de religión.

La iglesia católica, hasta la época del Concilio, había adoptado como estandarte una frase muy significativa: "*fuera de la iglesia no hay salvación*", convicción de la que se derivaron asimismo consecuencias muy dramáticas. Como sucedía, en definitiva, con cada una de las comunidades eclesiales, la iglesia católica pensaba ser el único verdadero redil en el que habitaba el pastor, Cristo. Desde esta certeza procuraba, entonces, guiar a todos los recalcitrantes a formar parte de dicho redil, utilizando para ello diversos medios, que incluían también la coacción. Y, si las personas persistían en su cerrazón, se les eliminaba sin mayores miramientos. Total, fuera del redil eclesial no tenían esperanza de salvación... Por eso mismo, la iglesia se sentía legitimada para aniquilar a los infieles o a los miembros de otras confesiones religiosas. Muertos o vivos, no cambiaba mucho la cosa: se precipitarían lo mismo en el infierno. Las guerras de religión se fundan, pues, en un error de traducción que dio pie al sinsentido de que cada iglesia pretendiera ser la exclusiva y genuina depositaria de Cristo.

No menos negativas y devastadoras para la vida cristiana resultaron ser algunas desviaciones que interpretaciones inexactas del texto original fueron produciendo en la espiritualidad. Tomemos un ejemplo del evangelio de Lucas que todos conocemos, incluso los no creyentes porque lo han visto representado en el nacimiento. Me refiero al canto de los ángeles en el momento del anuncio del nacimiento de Jesús. Probablemente, todos hemos aprendido de memoria el: "*Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*". Bien, en las versiones que han sido puestas al día, ¡afortunadamente ha desaparecido la mención a los hombres de buena voluntad! No es que el evangelista Lucas se haya dejado vencer por ningún tipo de pesimismo en relación al hombre. ¡Todo lo contrario! Sucede solo que –finalmente- ha sido corregida la traducción del versículo a partir de la confrontación con el texto original. La traducción correcta sería: "*Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres objeto de su amor*", es decir, los hombres que Dios ama, en suma (Lc 2,14). En otras palabras, podríamos parafrasear, la paz - que es el designio de Dios para la humanidad - y la plenitud de vida que Dios ofrece son para todos indistintamente, y no solo para los hombres de buena voluntad. El proyecto de Dios engloba a toda la humanidad sin excepciones; al margen del tipo de comportamiento de los hombres, la gloria de Dios se manifiesta a todos absolutamente, y su designio se cumplirá en plenitud solo cuando toda la humanidad podrá finalmente ser alcanzada por su amor.

Por cuanto se refiere a las "sub-traducciones" que se infiltraron en el catecismo, causando grandes traumas y pérdidas de fe, es mejor no hablar. Pensad, por ejemplo, en el absurdo disparate que supone traducir el mandamiento de Moisés: "*No cometer adulterio*" (Ex 20,14) con: ¡"*No cometer actos impuros*"! A lo largo de la historia, este error traumatizó a muchos adolescentes durante la pubertad, pues percibían un contraste explícito entre el contenido de este mandamiento y la propia fisiología. Cometer actos impuros representaba un pecado mortal, condenado con la pena del infierno. Pero lo cierto es que el mismo sentido común hace ver que entre un acto impuro y un adulterio, ¡la diferencia no es para nada insignificante!

El caso es que la traducción llevada a cabo por Jerónimo, que fue conocida con el nombre de la "*Vulgata*", pasó gradualmente a sustituir a los textos originales, hasta quedar en la iglesia como único texto oficial, el texto que se consideraba inspirado y, por consiguiente, de obligado cumplimiento. Ahora bien, como habéis podido comprobar, la ingente obra de Jerónimo dejó mucho que desear, a pesar de que su trabajo fuera realmente extraordinario. Entre sus logros, destaca el habernos dejado diversas reglas de traducción que son válidas para la ciencia bíblica aun en nuestros días. El gran drama, con todo, fue que la Vulgata suplantó a los textos originales, quedando éstos arrinconados, y condenados al ostracismo en las bibliotecas de los monasterios; de hecho, fueron pasando los siglos y los textos originales cayeron irremisiblemente en el olvido absoluto. Solo al final del siglo 19 fueron redescubiertos.

La iglesia católica llegó hasta el Concilio de Trento con la Vulgata como único

instrumento, mientras que, entre tanto, había ido surgiendo un gran fervor en los países protestantes para retraducir la Biblia según los textos originales. Pues bien, por si fuera poco, en aquellos campos en los que Jerónimo no había cometido grandes deslices, los mismos papas se encargaron de estropear las cosas. En el 1588, el papa Sixto V, presionado por personajes de la iglesia que encontraban en la lectura de la Biblia diferentes elementos que desentonaban, por ser poco acordes con el conjunto del mensaje de Cristo, encargó a diversas comisiones bíblicas la revisión del texto latino del Antiguo y del Nuevo Testamento. El problema era que, a medida que se habían ido haciendo copias de la Biblia, se habían ido incluyendo en su texto una gran variedad de anotaciones, comentarios, indicaciones litúrgicas etc, realizadas por los papas. Y, claro está, todo esto había producido una seria confusión en el conjunto.

Las comisiones bíblicas hicieron un magnífico trabajo, entre otras razones, porque habían recuperado algunos códices originales. Pero al papa no le gustó el resultado, por lo que volvió a revisarlo todo por su cuenta. Y como consecuencia de su intervención, se produjo un desastre de dimensiones inauditas. El papa cortó a su antojo párrafos enteros, añadió devociones personales..., en suma, ¡organizó una verdadera catástrofe! Y así surgió la llamada "*Biblia Sixtina*". Cuando la publicó en el 1590, se puso de manifiesto su carácter violento: amenazó con la excomunión mayor (o sea, definitiva, hasta el punto que ni siquiera otro papa la puede revocar) a cualquiera que, desde aquel momento, se atreviera a retocar la Biblia. Sixto V ejerció en verdad una violencia desmedida sobre la Vulgata.

El papa sucesivo se apercibe pronto de tener entre las manos un auténtico engendro y encarga a otra comisión que la revise. De inmediato, ésta suprime todo cuanto Sixto V había añadido. Sin embargo, ¡no se podía decir abiertamente que Sixto V se había equivocado! Admitirlo significaba debilitar enormemente la institución papal, y esto abriría también la puerta a la posibilidad de errar en otros campos. Entonces, la solución a la que se llegó consistió en publicar una Biblia en la que eliminaron todos los errores introducidos por Sixto V, excepto – y esto es trágico- los pasajes que el uso litúrgico había convertido en habituales entre los fieles, así como las verdades teológicas que se enseñaban en las facultades. Y, para salvar las apariencias, el nuevo texto fue publicado bajo el nombre de: "*Biblia Sixtina revisada por parte del papa Clemente, siguiendo las intenciones del Papa Sixto*". Bien, esta Biblia es la que estuvo en vigor como texto oficial de la Iglesia ¡hasta el Concilio Vaticano II! Es decir, durante cuatrocientos años toda la teología, la dogmática, la liturgia, los sacramentos, la espiritualidad de la Iglesia católica se han basado en un texto que hacía aguas por todos lados y que dejaba mucho que desear.

El Concilio Vaticano II, de una manera elegante, jubiló definitivamente esta Biblia "*Vulgata*", abriendo de par en par el camino a las nuevas traducciones en lenguas vernáculas. Afortunadamente, contamos ahora con el texto original del nuevo testamento en griego, que fue descubierto por un noble ruso en el monasterio de Santa Catalina, en Egipto, hacia el final del siglo XIX. Sin embargo, este texto no estaba completo, faltaban algunos pasajes.

Otras muchas investigaciones tuvieron lugar sucesivamente, en un proceso complejo y largo que no podemos abarcar en esta breve intervención. El caso es que la edición oficial que reconocen tanto la iglesia católica como la protestante, data apenas de 1966. Quiere esto decir que estamos todavía apenas en los comienzos de la investigación. Sea como sea, es indudable que numerosos pasajes evangélicos que se han leído durante los siglos, es necesario eliminarlos porque no pertenecen al texto original. No podemos fundar nuestra fe sobre las convicciones personales de un copista, de un monje, de un papa o de cualquier otro personaje distinto de los testigos autorizados de la fe, aquellos que debían transmitirnosla. Y son numerosos los párrafos a eliminar.

Por ejemplo, el texto no original más clamoroso de todos lo constituyen los últimos versículos del evangelio de Marcos. El evangelio de Marcos termina en el capítulo 16 con el anuncio de la resurrección de Jesús, pero sin ningún relato de apariciones, o sea, sin pruebas al respecto (Mc 16,8). El caso es que el evangelio terminaba de un modo bastante tosco, y por ello,

algunos decenios más tarde, fue añadida otra conclusión más literaria, que aparentemente daba mayor cohesión al relato (Mc 16,9-20).

Citemos ahora algunos otros ejemplos más destacados. Tomemos el evangelio de Mateo: en el capítulo 16 hallamos el episodio de los fariseos y de los saduceos que se acercan a Jesús para hacerle llegar una solicitud. Dice así: "*Los fariseos y los saduceos se le acercaron para probarlo y le pidieron que les mostrase una señal del cielo. Pero él respondió: «Al atardecer, decís: va a hacer buen tiempo, porque el cielo tiene un rojo de fuego; y a la mañana: Hoy habrá tormenta, porque el cielo tiene un rojo sombrío. ¡Conque sabéis discernir el aspecto del cielo y no podéis discernir las señales de los tiempos! ¡Generación malvada y adúltera! Una señal pide, y no se le dará otra señal que la señal de Jonás. Y dejándoos, se fue»*" (Mt 16,2-4). Pues bien, desde "*Al atardecer...*" hasta "*... las señales de los tiempos!*" constituye un añadido que no aparece en el texto original. Haced una prueba. Leed todo el párrafo seguido, suprimiendo este añadido, y veréis cómo encaja perfectamente: "*Los fariseos y los saduceos se le acercaron para probarlo y le pidieron que les mostrase una señal del cielo. Pero él respondió: «Generación malvada y adúltera...»*". Es un añadido que hay que eliminar. Otro ejemplo del evangelio de Mateo, esta vez en sentido inverso. Aquí se trata de incluir en el texto un versículo que alguien eliminó en el camino. En Mateo 23,14 falta un "ay", una lamentación dirigida a los fariseos. Se trata del versículo que dice "*Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que devoráis la hacienda de las viudas*".

Como hemos dicho, algunos de los añadidos han tenido efectos nefastos en la espiritualidad cristiana. Es el caso del relato de la curación del epiléptico del capítulo 9 de Marcos. Cuando los discípulos preguntan a Jesús por qué ellos no han sido capaces de expulsar al demonio, Jesús les responde diciendo que "*Esta clase de demonios no puede ser arrojada sino con la...*" y aquí probablemente todos hemos aprendido de memoria "*la oración y el ayuno*" (Mc 9,29). En las últimas traducciones, ¡finalmente ha desaparecido el ayuno! Se trataba de un desafortunado añadido que un monje del Medievo había hecho, siguiendo una moda que se había ido difundiendo, moda que concedía relevancia al binomio oración-ayuno. Pero Jesús no menciona para nada el ayuno, él habla solo de oración.

A partir de aquí, una práctica de por sí negativa (a menos que sea practicado por razones de salud) como el ayuno, práctica que Jesús excluye para su grupo de seguidores, adquiere paradójicamente una gran relevancia en la espiritualidad cristiana. Jesús, de hecho, afirma que cuando el esposo está presente en la fiesta de bodas, no tiene sentido ayunar. De este modo, por medio de un añadido -presuntamente espiritual- al texto, resultó que una práctica que Jesús rechaza sin tapujos, pasó a ser presentada como una voluntad suya expresa.

Otro ejemplo: en el evangelio de Lucas, en el relato de la curación de la mujer hemorroísa, cuando se dice que estaba enferma desde hacía muchos años, un copista -que probablemente era una persona algo polémica respecto al sistema sanitario de la época, (como véis, el mundo siempre es igual!) -, añade: "*Esta mujer, habiendo gastado todas sus posesiones en médicos...*" (Lc 8,43). La lectura del texto original, sin embargo, revela que no existe tal referencia negativa a la medicina. Es un simple añadido, obra de un individuo que expresa su propia idea. El caso es que antiguamente, y de un modo especial en los primeros siglos de la iglesia, el evangelio era considerado un texto "vivo", un texto que interpelaba directamente a cada comunidad, y cada comunidad se sentía legitimada para adaptarlo a su propio contexto. Por eso, cada comunidad al recibir el texto, podía enriquecerlo e interpretarlo sin ningún problema, añadiendo su propia espiritualidad o los propios puntos de vista. La desdicha es que esos añadidos permanecieron ¡y se confundieron con el texto original!

Permaneciendo en el evangelio de Lucas, hallamos otro episodio significativo, el de la agonía de Jesús en Getsemani. Bien, dado que presentar la figura de este Dios desesperado, este Dios que grita al Padre y no recibe ninguna respuesta, podía resultar demasiado escandaloso, alguien decidió introducir en el relato una intervención por parte de Dios, que suavizara de algún modo la radicalidad de la narración. Todos conocéis el episodio en que Jesús suda sangre

y sudor y baja un ángel del cielo a consolarlo (Lc 22,43-44); en el texto original no aparece por ningún lado la figura de un ángel. Y lo mismo sucede, en el evangelio de Juan, capítulo 5, por lo que se refiere al relato de la curación del paralítico, cuando se nos dice que "*el ángel del Señor bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua; y el primero que se metía después de la agitación del agua, quedaba curado de cualquier mal que tuviera*" (Jn 5,4). También aquí sobra el ángel.

Bien, hoy he querido exponer solo unas cuantas pinceladas como introducción a nuestro encuentro. Con ello, me he querido adelantar y responder a la pregunta que surgirá espontáneamente durante nuestro encuentro, o sea, ¿por qué no hemos sabido antes todo esto? Bien, la razón es obvia: porque el texto original no estaba en nuestro poder. Y, además, la autoridad religiosa católica adoptó una actitud bastante torpe y miope, cuando comenzaron a divulgarse las traducciones en lengua corriente. La gente, entonces, empezaba a solicitar poder leer la Biblia en un idioma inteligible a todos. Un tan Pasquier Quesnel –jansenista– escribió un libro en el que defendía que la lectura de la Sagrada Escritura es para todos los hombres. El papa Clemente XI rebatió esa tesis, afirmando que constituía una herejía contraria al Espíritu Santo.

A lo largo de la historia, otros papas también prohibieron la lectura de la Biblia, al considerarla peligrosa. La Palabra de Dios, que debía ser la fuente de nuestra vida, quedó segregada de la vida de los fieles cristianos como algo negativo. Se cuenta que una vez, un obispo afirmó en una carta pastoral que la Biblia debería estar a disposición de todos los creyentes. Al papa le faltó tiempo para escribirle, obligándole a rectificar, precisando que ese "*a disposición de todos*" había que entenderlo como ¡todo el clero! Los más ancianos entre vosotros tal vez recordéis que, no hace tantos años, se hablaba de la Biblia como « eso que leen los protestantes » A diferencia del católico, el protestante era aquél que leía la Biblia.

Mañana comenzaremos nuestro estudio sobre este extraordinario himno, el prólogo al evangelio de Juan, que es el canto del amor de Dios por excelencia, y veremos un rostro de Dios completamente nuevo, asombroso, un rostro que nos hace rebosar de una profunda felicidad. El texto original se había perdido y había quedado sofocado bajo elementos que le eran ajenos, por lo que toda nuestra espiritualidad, durante siglos y siglos, se alimentó de una tradición que era inexacta e incompleta.

### ***Jornadas Bíblicas***

#### ***Chieti, 22-24 febrero 2004***

Bien, nos ponemos manos a la obra sin más dilación, porque este año queremos volar muy alto. Nos disponemos a analizar juntos el contenido del prólogo al evangelio de Juan. Se trata de un texto que, a primera vista, se antoja algo áspero e invita al desaliento: "*En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios*" (1,1).

En este prólogo está concentrado todo el evangelio de Juan, lo que hace del mismo un texto sublime y, por ello, bien difícil de analizar. Intentaremos afrontarlo con sumo tacto y respeto, de modo que no quede en entredicho el alcance extraordinario que encierra. El evangelista resume y concentra en estos versículos todo cuanto desarrollará a lo largo de su obra. Por ello, cada palabra utilizada aquí posee una riqueza tal, que podríamos dedicar los tres encuentros vespertinos de estos días al estudio de una sola de ellas. El prólogo es, a la vez, un concentrado de toda la teología, o sea, de la enseñanza que transmite el Nuevo Testamento. El evangelista, de hecho, presenta en el mismo el himno de amor que Dios ha compuesto para la humanidad.



Desde los primeros compases del prólogo, el lector encuentra en el mismo una provocación desconcertante. Juan, que ha percibido con nitidez la autenticidad del mensaje de Jesús, se propone desmentir con su elaboración toda la tradición religiosa previa, que consideraba al hombre pecador, un ser indigno, merecedor solo del castigo de parte de Dios. Disociándose sin medias tintas de ese pesimismo, Juan presenta en estas líneas el himno de amor encendido que Dios entona para la humanidad. Se manifiesta aquí la figura de un Dios tan enamorado de los seres humanos, tan entusiasta de su obra creativa, que dice para sí: “*es demasiado poco lo que tienen, deseo elevarles hasta mi misma condición divina*”.

El prólogo constituye, pues, una primera aproximación, un primer encuentro con Dios; un encuentro en el que el hombre no se siente aplastado por su propia timidez, por su indignidad; al contrario, se descubre elevado y potenciado por el sublime amor que Dios le demuestra. El comentario más antiguo a nuestro texto lo hallamos en la primera carta de Juan, que se abre con idénticas palabras: “*Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida... os lo anunciamos también a vosotros*” (1 Jn 1,1-3). En este momento del discurso, sería de esperar “*para que vuestra alegría sea plena*”. Pero el autor nos sorprende con: “*Os escribimos estas cosas para que nuestro gozo sea completo*” (1 Jn 1,4).

En la línea de este primer comentario, nos proponemos hoy transmitir la experiencia vital que surge de este maravilloso texto, un texto que –si lo entendemos rectamente- puede cambiar radicalmente nuestra relación con Dios, y, en consecuencia, con los otros. Y la razón de comunicar estas cosas es precisamente para que aumente la alegría.

Dado que se trata de un mensaje arduo de interpretar, existe el riesgo de optar por una traducción convencional, empleando en ella los consabidos términos simplistas que acaban privando al texto de su originalidad. Intentar realizar una traducción adecuada supone un riesgo inevitable, debido a la complicación inherente a la empresa –pensemos que cada palabra del texto encierra en sí y resume todo el evangelio-, un riesgo que, con todo, es necesario afrontar.

El evangelio de Juan comienza con “*en el principio...*”, exactamente igual que el primer libro de la Biblia, el libro del Génesis (“*en el principio Dios creó el cielo y la tierra*” Gen 1,1). Iniciando su obra con las mismas palabras del libro de la creación, el evangelista enfoca su escrito desde esta misma clave, es decir, la obra de la creación. Quiere indicarnos que la creación está aun *in fieri*, en marcha, se está todavía llevando a cabo. Por ello, el autor solicita la colaboración de los hombres para que pueda alcanzar su plenitud.

“*En el principio existía ya...*”, con esta apertura, el evangelista da la espalda a la teología del Antiguo Testamento. “*Antes aun de la creación existía ya...*”, nos viene a decir. Y aquí nos topamos con un término de difícil traducción. La traducción más exacta sería “*verbo*”. Verbo es un vocablo que nuestros antepasados usaban con cierta frecuencia (*proferir verbo, verbo divino*, etc), pero que, para el hombre de hoy, no deja de ser un lenguaje anticuado.

Verbo (“*logos*” en griego) indica una palabra que contiene un proyecto. Se trata de un proyecto, porque formula el programa de Dios sobre la creación, y de una palabra, porque ejecuta tal proyecto. Por ejemplo, si yo digo “*casa*”, estoy diciendo una palabra, pero no es igual que decir “*botella*”. La palabra “*casa*” tiene ya un contenido, contiene un proyecto. Como véis, estamos ante un lenguaje denso, que iremos desgranando paulatinamente, y para hacerlo comprensible, traduciremos *logos* con “*palabra*”, o bien, “*proyecto*”.

Dice, pues, el evangelista: “*en el principio*”, antes aun de la creación del mundo existía ya... ¿qué es lo que existía?. Existía una palabra que contenía un proyecto. Veremos ahora por qué el evangelista emplea “*la Palabra*”. Permitidme antes un breve inciso: no penséis que éste sea un texto para almas cándidas, bonachonas, pías. ¡Es, en realidad, un texto explosivo que nos obligará a abrocharnos el cinturón de seguridad!. Y no puede ser de otro modo, porque concentra en pocas líneas todo el mensaje de Jesús, un Jesús que no fue bien acogido por parte de sus contemporáneos, lo consideraron un hombre peligroso que convenía eliminar. A medida que vayamos penetrando en los meandros del prólogo, no nos sorprenderá que Jesús acabara siendo asesinado por sus enemigos. Si acaso, nos sorprenderá que durara tanto con vida. Ya desde este momento, Juan anticipa toda la novedad explosiva, asombrosa y traumatizante del

mensaje de Jesús.

Hemos dicho, pues, que desde antes aun de la creación, existía ya la Palabra. El evangelista recalca este concepto, porque –según la tradición bíblica- el mundo había sido creado mediante diez palabras, que en su origen correspondían a las diez veces en que aparece la frase “*Y dijo Dios...*” en el libro del Génesis. Posteriormente, este guarismo pasó a indicar las diez palabras, los diez mandamientos de Moisés. El término “decálogo” deriva del griego “deca” (diez) y “logos” (palabra). En suma, desde el inicio mismo, desde antes de la creación del mundo, existe una única Palabra que vuelve a ocupar ahora su lugar privilegiado, suplantando a las diez palabras.

Como podemos apreciar, a partir del comienzo de su obra, el evangelista Juan se distancia de la teología contemporánea y comienza a reemplazar los pilastres de la antigua alianza, que ceden ahora su puesto a Jesús y a su mensaje. Es importante poner de relieve esta novedad. No en balde, el evangelio, la “buena noticia” comienza con esta palabra. Si se desconoce la misma, se corre un riesgo tremendo: o se conoce la palabra, o se acaba siendo presa de charlatanería vana.

El profeta Jeremías profiere en su libro un lamento que conserva toda la actualidad. Constatando que el pueblo camina descarriado tras palabras vacías, escribe: “*Doble iniquidad ha cometido mi pueblo. Me abandonaron a mí, manantial de agua viva, para hacerse cisternas, cisternas agrietadas, que el agua no retienen*” (Jer 2,13). Es una propuesta exigente: o nos nutrimos de la palabra que enriquece y alimenta al hombre (es decir, de la enseñanza de Jesús), o bien se termina sumidos en la palabrería, corriendo detrás de palabras que –no pudiendo nutrir al hombre- provocan un hambre insaciable de otras palabras. Y el riesgo grave es acabar desquiciados, enredados en la trampa funesta y devastadora de las apariciones, visiones, y todo ese estupidario religioso que pone en marcha el mecanismo perverso que denuncia Pablo en sus cartas, cuando habla de las personas que, no obstante su dedicación y esfuerzos por aprender, no llegan nunca al conocimiento de la verdad.

Antes de la creación del mundo, existía la Palabra. Desde el primer momento de su evangelio, el autor nos invita a conocerla. Si se llega al conocimiento de la misma, no se va ya en busca de otras palabras, no se persigue ningún tipo de mensaje pseudo celestial. Esta única palabra –que se contrapone a las otras diez- se manifestará en el evangelio. Repito: el evangelista resume y concentra todo su mensaje en un único mandamiento que sustituye y eclipsa los diez mandamientos.

Jesús dice a su comunidad: “*Os doy un mandato nuevo*” (13,34). En la lengua griega, *nuevo* se puede escribir de dos maneras: una que indica “añadido”. O sea, a los diez mandamientos ya existentes se añadiría otro más, el undécimo. Pero hay otro término, el que usa el evangelista, para designar *nuevo*, que indica una cualidad que sustituye a todo el resto. Así pues, “*os doy un mandato nuevo*” quiere decir un mandamiento de una cualidad tal que todo el resto de mandamientos quedan eclipsados. ¿En qué consiste este mandamiento?: “*que os améis los unos a los otros como...*”.

¿Como?. “*Como*” no es solamente el modelo, indica antes bien la fuerza que Jesús comunica. “*Como yo os he amado*”. Atención, Jesús no dice: “*Como yo os amaré...*”, no hay, pues, referencia a la muerte futura en cruz. Habla de un hecho pasado, y lo hace después de haber lavado los pies a sus discípulos (Jn 13).

Jesús es la manifestación visible, plena, de un Dios al servicio de los hombres. El único mandamiento que nos deja es “*lavaos los pies recíprocamente, los unos a los otros*” (13,14). Dicho con otras palabras, el servicio realizado voluntariamente por amor no solo no priva de dignidad al hombre, sino que le confiere la verdadera dignidad, la dignidad divina. Aquél que voluntariamente, libremente, por amor, pone su vida al servicio de los otros, realiza en plenitud su propia existencia. Por el contrario, quien domina, quien ordena, quien se impone sobre los otros fracasa miserablemente en su existencia.

“*Amaos unos a otros como yo os he amado*”. Este mandato es nuevo, porque indica una relación nueva con Dios. No se trata ya de la obediencia a Dios, como ponían de relieve los mandamientos de Moisés. Con Jesús, no hay ya espacio para la obediencia. El no pide que

obedezcamos a Dios, ni a él mismo, y, obviamente, mucho menos pide obedecer a otras personas. Con Jesús, se abre paso una nueva categoría: la de la semejanza. El creyente no es ya aquél que obedece a Dios, sino el que semeja al Padre al practicar un amor parecido al suyo.

“Y la Palabra” –este proyecto- “estaba con Dios...” (1,1). El evangelista repite este concepto porque nos quiere transmitir literalmente la impaciencia de Dios. Dios estaba impaciente por realizar este proyecto, un proyecto que es previo a la creación del mundo y que se manifiesta mediante la palabra. Este proyecto siempre ha estado en la mente, en los pensamientos de Dios. Ahora Dios está impaciente, no ve la hora de realizarlo. Lo que el evangelista escribe a renglón seguido es algo clamoroso, un misil implacable dirigido contra los andamios de la religión, la gran enemiga de Dios y de su hijo Jesús. Dios y la religión no se toleran, son incompatibles, mutuamente exigen la destrucción uno del otro.

Con este versículo, tenemos la destrucción de los fundamentos de la religión. Por religión se entiende todo ese conjunto de acciones, sentimientos, actividades que el hombre debe cumplir hacia un Dios siempre inaccesible, lejano, distante, exigente, en cualquier caso, un Dios inalcanzable. Este versículo termina diciendo: “...y la Palabra era Dios”, era el proyecto. El proyecto que Dios tenía sobre la humanidad, antes aun de la creación, sobrepasa toda posibilidad de imaginación de parte de los hombres: ¡se trataba de un Dios, es decir, un hombre que tuviese la condición divina!

¡Esto es algo clamoroso!. La religión se fundamenta en la lejanía entre Dios y los hombres. Pues bien, el proyecto de Dios respecto al género humano era que el hombre alcanzase la condición divina. El Dios de Jesús no es el que quiere hacer ver la religión, ese Dios siempre descontento, siempre insatisfecho, que amenaza con sus castigos. Es, en cambio, un Dios enamorado de los hombres hasta el punto de desear compartir con ellos su condición divina. Es esto precisamente lo que Juan afirma con sus palabras.

Un mensaje de esta altura representaba una novedad sensacional para aquella época y, tal vez, también para la nuestra. En la cultura pagana del tiempo existían divinidades que contaban con prerrogativas y ventajas exclusivas. De modo particular, la inmortalidad y la plenitud de la felicidad eran rasgos propios e intransferibles de la divinidad. Celosos de las mismas, no toleraban que ningún hombre llegase al umbral de su felicidad, por eso castigaban a quienes se acercaban peligrosamente. Por desgracia, esta mentalidad contaminó también al cristianismo. Existen fieles cristianos que conciben a Dios de esa manera, son personas convencidas de que Dios tiene celos de la felicidad de los hombres, por lo que –contrariado y fastidiado de la misma- se dedica a ponerle cortapisas, enviando a tal fin diversas adversidades y contratiempos que producen sinsabores en las existencias de los seres humanos. Para ellos, el mundo es un valle de lágrimas, en el que no está consentido al hombre gozar de la felicidad.

Así era la divinidad pagana, que no tiene nada que ver con el mensaje lleno de vida que porta Jesús: Dios no reserva para sí celosamente su condición divina, de hecho, desde antes de la creación del mundo, deseaba ardientemente comunicarla a los hombres. Es éste su proyecto, su voluntad.

Uno de los primeros padres de la Iglesia que penetró en la comprensión de esta verdad fue san Ignacio de Antioquía. En la carta que escribe a los Efesios lo expresa de manera sublime: “El inicio es la fe, que consiste en la adhesión a Jesús. La fe es el amor. Cuando éstos se funden en una única realidad, existe entonces un Dios”. Quiere decir Ignacio que el proceso comienza acogiendo a Jesús, se crece a través del amor; cuando la fe y el amor se funden en uno, el ser humano se diviniza, adquiere la condición divina. Todo ideal de hombre que no esté a esta altura y no conduzca al hombre a la consecución de la condición divina, mutila el proyecto de Dios referido a la humanidad, proyecto en el que Dios manifiesta su querer. La voluntad de Dios (que nosotros solemos poner casi siempre en relación con desgracias, acontecimientos luctuosos, calamidades, etc), es en realidad, eminentemente positiva; que cada uno de nosotros alcance la condición divina. ¿De qué modo?: a través de la práctica del amor.

En la epístola de Pablo a los Efesios hallamos un comentario a este hermoso texto del prólogo de Juan. A propósito, quería decirnos que los textos del Nuevo Testamento poseen una riqueza tal que deberíamos dedicar nuestro tiempo a profundizar en ellos, en vez de perderlo

lastimosamente leyendo boletines acerca de apariciones y estupideces de ese tipo. Si aprendiéramos a alimentarnos de la Palabra de Dios, no sentiríamos necesidad de nada más.

En Efesios (1,4), Pablo dice: “Nos eligió antes de la creación del mundo”. Es la misma idea que hemos encontrado en Juan. Dios nos ha elegido antes de la creación - no somos, pues, producto de la casualidad – “para ser santos e inmaculados en el amor”. El término santo indica aquél que está separado del mal, aquél que orienta la propia vida hacia el bien de los otros. E inmaculado significa una condición que permite la plena comunión con Dios. Lo que hace inmaculados a los hombres es el servicio hacia los hermanos. No somos inmaculados porque Jesús nos lave los pies, sino cuando se los lavamos a los otros. Quienes orientan la propia existencia al servicio de los demás, salen de la esfera del mal y se convierten en personas sin mancha, para las cuales la relación con Dios es inmediata, y viven en el amor. El término griego “agape” indica un amor generoso que se hace dono. Así pues, para ser santos e inmaculados, se requiere un amor generoso que dona sin medida.

Continúa Pablo: “Nos predestinó a ser sus hijos adoptivos” (1,5). En la cultura de la época, la adopción no tenía el significado que tiene en nuestros días (es decir, el sentimiento de afecto con que una familia acoge a un crío). Cuando se acercaba el final de su existencia, el emperador o el rey no dejaba su imperio y sus posesiones a un hijo suyo heredero, sino que elegía entre los generales a la persona que consideraba más capacitada y la adoptaba como hijo. Pablo está haciendo una afirmación clamorosa, está magnificando de forma inaudita el alcance del amor de Dios hacia nosotros. Dios nos ve capaces de colaborar con él en la acción creadora. Como véis, estamos tocando cimas altísimas de pensamiento que resultan realmente embriagadoras.

El cumplimiento de esta voluntad, puesto que pertenece a un proyecto de vida, tiene los recursos para liberar y alimentar todas las energías vitales que el hombre lleva dentro. Cada uno de nosotros posee riquezas interiores, capacidades y energías de vida que desconocemos. Acoger el proyecto de Dios desencadena estas energías latentes, y este factor de crecimiento conduce al hombre a la plena madurez. Y es un factor de crecimiento que no se detiene ni siquiera en el momento de la muerte. Es por esto que cuando Jesús habla de muerte, lo hace siempre con argumentos tomados de la vida. Para Jesús, morir es un dormir, es decir, una pausa que permite retomar la actividad con mayor fuerza y vigor. La muerte es el grano de trigo que se transforma en espiga.

En otras palabras: en el breve periodo de tiempo que abarca nuestra existencia en la tierra, no podremos nunca poner en acción todas las energías de amor de las que Dios nos ha dotado. Creo que comprenderéis mejor con un ejemplo: ¿habéis tenido ocasión de asistir alguna vez a un familiar gravemente enfermo?. Si lo habéis hecho, probablemente os habréis sorprendido de la energía, la fuerza que teníais dentro. En nuestro discurrir cotidiano, tal vez no nos habíamos parado a pensar que teníamos todos esos recursos, pero ante una emergencia, surge de dentro un vigor asombroso. Las fuerzas no nos han llovido de lo alto de forma imprevista. Estaban dentro de nosotros, pero han esperado el momento oportuno para salir a la superficie. Pues bien, el momento de la muerte no sólo no destruye al individuo, antes bien, todas esas energías de amor –que permanecen como ocultas durante nuestra vida- se liberan y conducen al hombre a un crecimiento sin fin.

Esta teología está muy lejos, naturalmente, del pensamiento religioso que traza una frontera insuperable entre Dios y los hombres. En la época de Juan, se enseñaba que Dios reside en el séptimo cielo. Había siete cielos, y entre uno y otro los rabinos –amantes de la casuística- habían calculado una distancia de 500 años de camino. Haciendo la suma, resulta que Dios se encontraba a 3500 años de camino..., es decir, era del todo inalcanzable. Por mucho que se esforzase, el hombre no podía entrar en comunión con este Dios.

Esta imposibilidad era alimentada, además, por la imagen de un Dios profundamente pesimista, como aparece en algunos salmos: “El Señor se inclina desde el cielo para ver si existe un hombre sabio, un hombre que busque a Dios. Todos se han extraviado, todos se han corrompido; ninguno hace el bien, ni siquiera uno” (Sal 14,3). ¡Atención!. Esta visión no tiene nada que ver con Dios. Es problema del salmista. Es el salmista quien tiene esta visión pesimista del hombre y la proyecta en Dios. Dios no es así. Dios no escruta a la humanidad para decir “no hay ni siquiera uno sano”. Al contrario, Dios, no obstante sea perfectamente

consciente de las limitaciones y de la perversidad de los hombres, dice: “¡Qué maravillosos son los seres humanos!. ¡Qué lástima que esta vida que tienen acabe con la muerte!. Voy a hacerles el regalo de elevarles a mi misma condición”. El proyecto de Dios es expresión de su optimismo hacia la creación, tiende a eliminar el abismo entre Dios y los hombres. Este proyecto aterroriza a las autoridades religiosas, que lo consideran una blasfemia.

El prólogo no hace sino recoger en pocas palabras toda la doctrina de Jesús y las dificultades que hubo de afrontar. Jesús, que hizo del proyecto de Dios la razón de su vida (porque en él mismo este proyecto se realiza de forma exclusiva) será acusado por las autoridades de ser blasfemo y, en consecuencia, reo de muerte. En Juan 5,18 leemos: “Por eso, los Judíos querían acabar con él...” (en Juan, la palabra “Judíos” no indica al pueblo, sino a las autoridades religiosas), “porque llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios”. En 10,33 los Judíos dicen: “No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino porque tú, siendo hombre, te haces a tí mismo Dios”. ¡Qué contradicción!. Las autoridades religiosas debían hacer conocer a los hombres la voluntad de Dios; cuando Jesús lo hace, lo rechazan, y acusan a Jesús de blasfemar y de hacerse semejante a Dios. Las autoridades tienen pánico de que el hombre alcance la condición divina, porque si la gente empieza a creer en Jesús, ellos saben que tienen los días contados. Así lo dicen en otro pasaje de Juan: si le dejamos actuar, todos creerán en él. Y entonces se les acaba el montaje, todos van al paro obrero.

¿Por qué?, ¿cuáles son las consecuencias de la acción de un hombre que tiene la condición divina?. Ante todo, significa que el abismo que la religión ha creado entre Dios y los hombres queda eliminado. Dios y el hombre se funden en una sola cosa, la relación hombre – Dios recupera la inmediatez, sin necesidad de los apoyos y las columnas que la religión crea, como son los espacios especiales, templos consagrados a Dios, tiempos, horarios litúrgicos, leyes que observar, mediadores, etc. Con Jesús, todo esto es superfluo, inútil, e incluso nocivo. Si la relación entre los hombres y Dios es inmediata, recurrir a templos, liturgias, leyes culturales, mediadores sacerdotales, etc, no solo no facilita el encuentro con Dios, sino que lo entorpece.

Ante la irrupción en la historia de un Dios que no reduce su presencia al ámbito del templo, sino que desea comunicarse abiertamente a los hombres, un Dios que – en vez de dejarse buscar – toma la iniciativa de ir en busca del hombre, a la institución religiosa no le queda otro camino que desaparecer o bien desembarazarse de este Dios. Esto último hicieron con Jesús. Así pues, el crimen y el terror de la institución religiosa corresponden paradójicamente al proyecto de Dios respecto a la humanidad. Dios desea comunicarse a los hombres, la institución quiere impedirlo, sabedora que eso supondría firmar su propia sentencia de muerte.

Continuemos nuestra lectura. “*Ella estaba en el principio con Dios*”. Esta repetición del contenido del versículo es una técnica literaria que pretende subrayar la urgencia que siente Dios de poner en práctica su proyecto para la humanidad. “*Todo se hizo por ella* (el proyecto, la palabra), *y sin ella no se hizo nada de cuanto existe*” (1,2). Aquí el evangelista está presentando el hecho de la creación y está diciendo algo extremadamente importante. Todo cuanto hay en la creación (la naturaleza, los hombres, la realidad creada), todo, existe para realizar el proyecto. Todo aquello que existe ha venido a la vida para permitir nuestra realización como creaturas, es decir, para permitarnos llegar a ser hijos de Dios. El mundo ha sido creado para conducir al hombre a alcanzar la condición divina. No hay nada que no sea expresión de la voluntad divina. Todo es expresión del amor de Dios, y, por consiguiente, nada hay en la creación que sea malvado de por sí. La creación no es un rival con el que el hombre deba continuamente luchar, para aplastar o para reducir a la esclavitud, sino un aliado precioso.

Si se comprende esta verdad, cambia la vida. Si comprendemos que cada cosa que vemos y que tenemos, y, sobre todo, cada persona que encontramos es un regalo que Dios nos hace en vistas a que realicemos el proyecto de Dios, a que lleguemos a ser sus hijos, entonces la vida cambia, cambia por fuerza nuestra actitud. Los otros no son vistos como enemigos o como obstáculos, se les mira con ojos de gratitud. Cada nueva persona que conocemos es un regalo que Dios nos da como señal de amor, cada persona que acogemos en nuestra existencia es un don que nos permite crecer. Es verdadera también la afirmación contraria: cada persona que excluimos o no aceptamos se convierte en un agujero negro que obstaculiza nuestro crecer.

En esta interpretación del evangelista, se pone de manifiesto con tonos nítidos que el relato

de la creación del libro del Génesis no constituye la descripción de un paraíso perdido. No ha habido una época de oro de la humanidad que después se haya perdido irremediablemente. Existe solo una tarea por delante, un paraíso por construir. Es esto lo que describe el libro del Génesis cuando habla de la perfecta armonía reinante entre hombre y mujer, entre seres humanos y realidad creada. En la carta a los Romanos, Pablo exclama: “*La ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios*” (8,19-21). Pablo está diciendo aquí algo muy importante: “¿A qué esperáis para realizar este proyecto?, ¿qué aguardáis para llegar a ser hijos de Dios?. Pero, ¿no os dais cuenta de que la creación entera gime con impaciencia porque desea realizarse en plenitud?”.

Estas palabras del evangelista suponen un ir contra corriente respecto a la teología contemporánea. Era convicción firme que Dios había creado al mundo de manera perfecta, descansando al séptimo día. Jesús disiente de esta tesis, para él, la obra de la creación no ha sido aún completada. Por ello, ignora el precepto del reposo sabático. Cuando lo acusan de violarlo, de hecho, afirma que si él trabaja es porque también el Padre trabaja. La creación no ha sido concluída. Hasta que cada hombre alcance la dignidad, la libertad que corresponde a los hijos de Dios, no se podrá considerar terminada. Y Jesús necesita colaboradores que, con él y como él, se dediquen a trabajar activamente en dicha creación. No tiene, pues, sentido reconocer hablar de descanso, todavía queda mucho por hacer.

En 1,4 tenemos: “*En el* (el proyecto), -o bien, “*en ella*” (la palabra) *estaba la vida...*”. Por primera vez, aparece en el evangelio un tema de enorme importancia, el tema de la vida. Juan habla de la vida 37 veces, por 7 de Mateo, 5 de Lucas y 4 de Marcos. Existe una gran desproporción, como manifiestan las cifras. En este dato de supremacía absoluta por parte de Juan se refleja la creciente reflexión de la comunidad cristiana acerca del mensaje de Jesús. Los primeros cristianos han descubierto – porque lo han experimentado en su propia piel - que del mensaje de Jesús surge la plenitud de la vida. El proyecto de Dios consiste en comunicar vida abundante a los hombres. Por eso, no tiene sentido ya hablar de temor en relación a Dios.

¿Quién es Dios?. Es aquél que espera nuestro sí, nuestra autorización, para irrumpir en nuestras vidas y comunicarnos plenamente toda su riqueza vital. El Dios de Jesús no sustrae nada a las personas, se entrega a ellas por completo. No las disminuye, las enriquece, porque las potencia con su misma vida. Este versículo hace ver cómo todo aquello que tiene vida y es expresión de vida procede de Dios. Todo cuanto carece de vida, o no comunica vida, en cambio, no viene de Dios.

Es importante comprender las implicaciones de esta afirmación, porque por desdicha existen entre los cristianos determinados estilos de piedad, ciertos espiritualismos, que no corresponden a este designio. A veces, las personas piensan que la clave para entrar en comunión con Dios son las penitencias, los sacrificios, los ayunos, las devociones, etc. Pues bien, en la epístola a los Colosenses, Pablo escribe que todas estas cosas pueden tener apariencia de seriedad y de sapiencia, porque se habla de humildad y de severidad hacia el cuerpo (Col 2,16-23), pero, en realidad, no sirven para nada. Es más, sirven solo para nutrir nuestra soberbia. ¡Pablo hace una aseveración clamorosa!. Las personas pías, devotas, amigas de la ascesis, derivan con frecuencia en la maldad porque no alimentan vida en sí mismas, alimentan solo el propio egocentrismo, mirándose al ombligo y juzgando todo en referencia a sí mismas.

¿De qué personas estamos hablando?. Estamos pensando en ese tipo de personas las cuales, cuando encuentran a alguien necesitado, no mueven un dedo en su favor, se limitan a asegurar que, en sus plegarias, implorarán al Padre eterno por esa necesidad. “*En ella* (en él) *estaba la vida...*”, nos dice Juan. La plenitud de la vida se halla en poner la vida al servicio de los demás, no existen otros caminos. Todos los ascetismos –dice Pablo- parecen cosas transcendentales, pero lo cierto es que son inútiles, porque centran al hombre en si mismo.

En las diversas religiones y filosofías está ahora muy de moda la introspección, el encuentro con uno mismo a través de la meditación. Jesús invita a recorrer el camino opuesto: no hay que dedicar tiempo a buscarse a si mismo, hay que salir fuera para ponerse al servicio del otro. La persona no llega a conocerse porque se dedique a buscarse a sí misma, el secreto para llegar a conocerse es otro: o sea, el roce continuo, el contacto con los demás. Si estoy yo solo con el

Padre eterno, me encuentro muy a gusto porque... ¡me da siempre la razón!. Pero eso es una simple ilusión. Yo comprendo quién soy no cuando entro en meditación profunda, sino cuando me pongo en relación con los demás. Es entonces cuando se exterioriza mi carácter, mis carencias y recursos. Todo ese aparato exuberante del mundo religioso que nos encierra dentro de una ilusión no tiene nada que ver con Jesús.

“Y la vida era la luz de los hombres...” (1,4). Todos estos versículos son como puñaladas dirigidas sin compasión a la parafernalia del mundo religioso. El tema de la luz es otro argumento que Juan ama. La tradición religiosa afirmaba, contrariamente, que la luz es la vida de los hombres, y por luz se entendía la observancia de la Ley. Los Salmos lo afirman claramente. “*Lámpara para mis pasos es tu palabra*”, “*luz incorruptible de la ley*”, etc. Se hablaba de ley divina, que se hace luz, una ley que, en la medida que se observa fielmente, indica en qué dirección moverse. Esta ley, sin embargo, permanecía fuera del hombre, era externa a él, pues no podía conocer al individuo desde su interioridad.

Juan se disocia de esta mentalidad. Para él, la luz no llega del exterior para iluminar al hombre, no es una fuente de vida, sino que nace del interior del mismo, de su intimidad más recóndita. Es la vida la que resplandece, mientras que la luz es la irradiación de la existencia humana. Toda persona que secunda su propia esperanza de plenitud posee la luz suficiente para poder caminar. Este es un elemento de gran relevancia, pues no puede admitirse la existencia de una ley que determine nuestro comportamiento. Todos nosotros somos distintos unos de otros, por motivos de nacimiento, cultura, educación, herencia, espiritualidad, cada uno somos irrepetibles. Y si esto es así, ¿cómo es posible instituir una ley que vaya bien para todos?. A algunos les será útil, pero a otros probablemente les hará sufrir.

En consecuencia, con Jesús, el hombre es conducido por una fuerza interior, libre ya del dictamen de una ley externa. Dios no gobierna a los seres humanos a base de emanar leyes que éstos deban observar, sino comunicando a cada hombre su misma capacidad de amor, el Espíritu Santo, una fuerza interior que ilumina a los hombres en la propia vida y estimula su deseo de plenitud. A la luz no se llega aniquilando la propia existencia, mortificando u oprimiendo las expresiones de vida. A la luz se llega mediante la propia respuesta personal al deseo de plenitud de vida que todos llevamos dentro. La respuesta a los estímulos vitales, la ruptura de las ataduras que impiden poner en movimiento las capacidades que poseemos, hace que florezca continuamente la vida en un crescendo ilimitado que conduce a la luz. Lo decimos también en el lenguaje popular; cuando nos referimos a las personas que desbordan vida decimos que son espléndidas, luminosas, brillantes, como un sol.

Por esto, en todo el mensaje de Jesús que transmiten los evangelios y el resto del nuevo Testamento, encontramos solo una invitación a vivificar la propia existencia, y nunca a mortificarla. La única vez en que aparece el verbo *mortificar* (o sea, hacer morir) en todo el nuevo Testamento, se usa no para sofocar los impulsos vitales de la persona, sino para extirpar los factores de muerte tanto para sí misma como hacia los demás. Escribe Pablo en la carta a los Colosenses (3,5): “*Por tanto, mortificad vuestros miembros terrenos: fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia, que es una idolatría*”. Estas son las cosas que el hombre debe extirpar, y no el impulso hacia la plenitud que descubre en su propia vida.

Con Jesús, no es ya la ley –ni siquiera la ley considerada divina- quien guía los pasos de los hombres; más bien, su propia respuesta al impulso vital le sirve de guía y lo lleva a realizar plenamente la propia existencia. La aspiración a la plenitud de vida orienta y guía al hombre. Y cuando el hombre se encuentra en conflicto entre una ley y la propia experiencia personal de plenitud de vida, debe hacer caso de su propia experiencia personal.

Para las autoridades religiosas, el valor supremo es el bien de la ley, incluso a costa del hombre. Es necesario optar: o se coloca el bien del hombre en el primer puesto de la existencia, con lo que todo tipo de ley queda en segundo plano, o bien es la ley la que ocupa el primer puesto, con el consiguiente sometimiento y sufrimiento por parte del hombre. Para Jesús, en casos de conflicto entre ambos valores, es siempre la verdad teológica la que debe ser sacrificada. Para la institución, en cambio, su propia enseñanza posee siempre más valor que la experiencia del hombre, el cual debe admitir que lo que él experimenta como un bien constituye, en realidad, un mal.

Como en una píldora, todo este conjunto de ricas enseñanzas del prólogo lo hallamos concentrado en el espléndido episodio del ciego de nacimiento (9,1-41). El ciego de nacimiento recupera la visión gracias al encuentro con Jesús, encuentro decisivo que le abre los ojos. Pero, dado que la curación ha sido realizada en sábado, las autoridades religiosas pretenden convencer y hacer pensar a este hombre que para él habría sido mejor permanecer ciego antes que recuperar la capacidad visual por medio de una transgresión de la ley. El ciego se desmarca sin rodeos de esta argumentación. Parafraseando la respuesta que dirige a sus interlocutores, vendría a decirles: “Miren ustedes, yo de teología no entiendo nada. Desconozco si este hombre es un pecador o no lo es, eso es cosa vuestra. Yo solo sé que antes estaba ciego, y que ahora veo” (v. 25). Para Jesús, la experiencia del hombre es más importante que la presunta verdad teológica o la observancia de la legalidad.

## **Segundo encuentro**

Ayer vimos los primeros cuatro versículos del prólogo. El cuarto versículo indica que en él – es decir, en el proyecto que Dios tenía para la humanidad, proyecto que existía en Dios desde antes de la creación del mundo-, Dios deseaba comunicar a cada hombre la plenitud de la condición divina. De este modo, con esta simple afirmación, se rompía drásticamente con toda una tradición secular, que mostraba a las divinidades celosas de sus prerrogativas exclusivas.

El Dios de Jesús es el Dios que desea comunicarse, que anhela compartir con cada hombre su misma condición divina. No es un Dios que sustraiga la vida de los hombres, antes bien, se la comunica a manos llenas. Ayer concluimos nuestro encuentro comentando el verso “*esta vida era la luz de los hombres*”. Dijimos que el hombre no debe dejarse guiar por reglas o leyes externas, aunque las vendan como voluntad de Dios, debe atenerse al propio deseo de alcanzar la plenitud de la vida: la aspiración a la plenitud de la vida es el faro que ilumina a las personas.

Retomemos ahora la lectura. Juan 1,5 inicia del modo siguiente: “*Y la luz brilla en las tinieblas*”. Las tinieblas, autores de muerte, son el polo opuesto a la luz. Pero, ¿a qué se refiere esta expresión?. En todo el evangelio de Juan, bajo la imagen de las tinieblas son representadas las ideologías y los sistemas de poder (político o religioso), que impiden al hombre realizar el proyecto creador, e incluso, llegar a conocerlo. A las autoridades religiosas y civiles les aterroriza el proyecto de Dios sobre la humanidad, porque si el hombre alcanza ya en esta existencia la plenitud de su crecimiento, de su humanidad, entonces llega a ser un ser libre, independiente, un ser que no puede ser sometido ya más al poder. Todos aquellos que aceptan ser dominados por las tinieblas, son muertos vivientes, cadáveres ambulantes.

Ahora bien, la tiniebla no se presenta nunca como tal, nunca dice abiertamente: “Soy un sistema mortífero y te quiero someter”. La tiniebla, en el evangelio, es todo aquello que inculca el sometimiento en vez de la libertad, cualquier sistema, en suma, que somete a los hombres. Estar sometido indica la dependencia respecto a una autoridad superior, la cual se reserva siempre el derecho a decir la última palabra. La persona, de este modo, permanece sumida en un estado infantil, estado caracterizado por la dependencia respecto a los progenitores o figuras de referencia.

Jesús, en cambio, desea llevar a las personas a un estado de madurez en el que la persona sea libre, independiente y responsable para el bien y para el mal de sus propias decisiones. El poder de las tinieblas inculca la sumisión en vez de la libertad y priva al hombre de la capacidad de pensar, de decidir y de actuar en su vida. El hombre tiene siempre necesidad que otro le diga si lo que hace es correcto o no. En todo caso, la peor tiniebla, la ideología más nefasta de todas es la que persuade y convence al hombre de que debe venerar y amar a quien lo oprime e impide su crecimiento.

El sistema de muerte que representan las tinieblas, lleva a cabo su obra de sometimiento en tres niveles. El primero, que es el más tosco, el menos refinado, utiliza el miedo para dominar al otro. El segundo nivel, ligeramente más delicado, es el dominio basado en la recompensa (dinero, títulos, carrera, beneficios, prestigio, etc). Pero todos los sistemas de poder intentan alcanzar el tercer nivel, porque de los dos primeros, el hombre puede llegar a liberarse, en un



arrebató de valor o de dignidad. En el tercer nivel, el poder intenta convencer al hombre de que ser dominado es la mejor realización de la existencia, y que es conveniente venerar y amar precisamente al poder que lo somete. Si llega hasta este nivel, el hombre no buscará jamás su libertad, es más, considerará las propuestas de libertad como un atentado a la propia seguridad.

En el evangelio de Juan –y esto resulta realmente escandaloso- las peores tinieblas, aquéllas que convencen a los hombres de la necesidad de venerar a los opresores, son identificadas con las autoridades religiosas. Ellas constituyen el poder más feroz y destructivo: dominan a las personas, las esclavizan y, por si fuera poco, de ellas pretenden amor y veneración. Son ellas las que tratan de apagar a Jesús, que se define a sí mismo como “*luz del mundo*” (12,46).

El evangelista afirma que “*la luz brilla en las tinieblas*”. La luz no pugna ni combate con las tinieblas, simplemente brilla. Son palabras que consuelan y otorgan una enorme serenidad a la comunidad cristiana, la cual no ha recibido de Jesús el encargo de luchar contra quién sabe qué enemigos acérrimos. A veces, las encarnizadas “cruzadas” cristianas suponen un desperdicio de energías preciosas que habría que reservar para otros menesteres más provechosos y urgentes. Jesús no invita a hacer cruzadas contra el mal, ni a combatir contra las tinieblas.

“*La luz resplandece en las tinieblas*”, en la medida en que va creciendo, la luz aleja y aniquila a las tinieblas por sí sola, espontáneamente. Los cristianos están llamados a ser luz, a comunicar vida. Y ésta irá reduciendo gradualmente todos los espacios de la muerte, hasta terminar por eliminarla. El mensaje de Jesús es, pues, plenamente sereno. La tarea de la comunidad cristiana es aumentar esta luz, que no es sino una expresión de vida. Se trata, por tanto, de transmitir energía vital en torno a sí misma. Las tinieblas retroceden en la medida en que esto sucede.

Por eso, añade el evangelista, “*las tinieblas no la vencieron*”, no se apoderaron de ella. El evangelista desea estimular a la comunidad cristiana que se halla perseguida, en dificultad, y anuncia, es más, asegura solemnemente, que las tinieblas no tendrán nunca la fuerza de vencer a esta luz, porque la luz es expresión de la aspiración de plenitud de vida por parte del hombre. Y el hombre, aun cuando está sometido o narcotizado, conserva siempre dentro de sí el deseo de alcanzar la plenitud de vida. Es suficiente que, a través de Jesús o de quien lleve este mensaje de paz, se vuelva a despertar ese anhelo de plenitud, para que la luz retome su vigor originario.

Con su palabra, Jesús despierta en los hombres la aspiración a obtener la plenitud de la vida, seguro de obtener la victoria sobre las tinieblas. El, de hecho, asegurará: “*yo he vencido al mundo*” (16,33), o sea, el mundo de las tinieblas ya ha sido derrotado, no tiene futuro. Los creyentes tienen que colaborar con Jesús para irradiar espacios de vida. Es ésta la única tarea que le es encargada a la comunidad cristiana: liberar todas las energías vitales, transmitir las y comunicarlas a los demás. Y, dado que la gente tiene hambre de vida, será esta luz la que inunde la humanidad por doquier. Jesús clama “*he vencido al mundo*”, sabedor de que reprimir el anhelo de plenitud de vida significa ir contra sí mismos y, en definitiva, obrar el mal.

A continuación, de improviso, el evangelista interrumpe extrañamente esta ascensión a nivel teológico. Parece introducir un tema nuevo. Dice, de repente: “*Hubo un hombre, enviado por Dios, se llamaba Juan*” (1,6). A primera vista, parece tratarse de una simple información inocua, pero no es así. Se nos dice que para anunciar su proyecto a la humanidad, Dios tiene necesidad de un hombre. Pero lo asombroso es que no existe en los evangelios ni un solo profeta, ni un solo enviado de parte de Dios que pertenezca a la jerarquía religiosa. Cuando Dios decide intervenir en la historia, tiene mucho cuidado en evitar espacios sagrados y personas religiosas. ¿Por qué?. Porque éstos son los más sordos, los más reacios, los más hostiles a su proyecto. En el evangelio, tanto los lugares como las personas religiosas son completamente impermeables a la acción del Espíritu, con ellos el Señor no puede actuar. La denuncia del evangelista es tremenda, por esto Dios escoge siempre espacios y personas fuera del mundo religioso.

Así pues, cuando Dios envía alguien para anunciar su proyecto, elige a personas normales, como a Juan, de quien solo se nos dice el nombre. En la lengua hebrea, Juan (Yohannan) quiere decir “Dios es misericordia”. Dios no elige a un representante de la institución religiosa –la cual, en la obra de Juan, pertenece siempre al mundo de las tinieblas-, porque tenía necesidad de un hombre lúcido que diese testimonio de la luz que iba a irrumpir. En efecto, continúa el

evangelista en el versículo sucesivo: *“Este vino para dar testimonio de la luz”* (1,7). Y entre las personas religiosas, es imposible encontrar personas resplandecientes, personas luminosas.

Os recuerdo que, en este prólogo, el evangelista anticipa, resume y reformula todo el contenido de su evangelio. Por eso, a modo de síntesis, Juan nos invita en el prólogo a estar atentos, porque la acción de las tinieblas, que él identifica con la institución religiosa, es tan mortífera que llega a narcotizar a los seres humanos. Este es el verdadero crimen de la religión: impedir que las personas razonen con el sentido común, con la propia inteligencia.

La misión de Juan es despertar el anhelo de vida en los hombres para hacerles conscientes de la existencia de la luz, *“para que –escribe Juan- todos creyeran por medio de él”*. La misión de Juan es universal, pues anticipa el programa de Dios. No se trata de una llamada dirigida a las personas religiosas o pías, ni siquiera es para un pueblo especial, para una determinada nación. Todo aquél que tiene dentro de sí este deseo de plenitud de vida es destinatario del proyecto de Dios.

*“Para que todos creyeran por medio de él”*, todos, cualquier individuo, por encima de religión, conducta, nacionalidad. La extensión universal de la invitación, por otra parte, permite entrever que la acción de las tinieblas es también universal, ha cubierto el mundo entero. En cada ángulo del mundo existen ideologías políticas o religiosas que impiden que el hombre alcance su plenitud. Es lo que en el evangelio de Juan se denomina “pecado” del mundo, o sea, el rechazo de la plenitud de vida que el Señor propone. Y se rechaza esta plenitud de vida cuando la ideología religiosa consigue convencer a las personas de que se trate de un mal. El proyecto de Dios es que el hombre obtenga la filiación divina, pero esto, para las autoridades religiosas, es un crimen que se castiga con la muerte.

*“No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz”* (1,8). El evangelista deja claro que la tarea de Juan no es la de ser portador de la luz, sino solo testigo. Era ésta una clarificación necesaria, porque algunos círculos consideraban que Juan era el Mesías. Poco después, leemos en el evangelio, surge la alarma. Los sacerdotes y los levitas esperaban – aunque con cierta reluctancia - la llegada del Mesías; con la boca, de hecho, pedían a Dios que lo enviara pronto, pero en el fondo de su corazón, no deseaban que la llegada de ese día se acelerara demasiado. Si llegaba el Mesías, se les podía terminar su prestigio y poder.

En la tradición popular, de hecho, se pensaba que cuando viniera el Mesías, acabaría con todos ellos. Por eso, en cuanto se corre la voz de que ese tal Juan el bautista tiene algún parecido con la figura del esperado Mesías, se presenta en seguida una comisión de sacerdotes y de policías del templo de Jerusalén (los levitas), y le preguntan a quemarropa: *“¿Quién eres tú?”*. Les inquieta que Juan se declare el Mesías. Si lo hubiera hecho, lo habrían eliminado de inmediato.

El pueblo odiaba a los sacerdotes porque eran insolentes, avaros, insoportables, y lo hacían todo por dinero, enriqueciéndose a costa de la gente. La tradición popular mantenía que el Mesías, a su llegada, aniquilaría a los sacerdotes corruptos, y especialmente al sumo sacerdote, que estaba en connivencia con el gobernador romano. Por tanto, apenas comienza a rumorearse que Juan el bautista tiene cierto parecido con el Mesías, no tarda en aparecer la policía.

*“La palabra era la luz verdadera”* (1,9). De nuevo encontramos el tema de la luz. Es la primera sustitución en este evangelio de las verdades religiosas y teológicas que se consideraban indiscutibles y que ahora son atribuidas a Jesús. Esta es la línea teológica de Juan, que entre los evangelistas es, sin duda, el más radical. No es por casualidad que el de Juan sea el evangelio marginado desde siempre en la iglesia, marginado y reservado para la élite espiritual. ¡Juan es el evangelio espiritual!. Resulta extraño que Mateo, Marcos y Lucas tengan su propio año litúrgico, un ciclo en que sus evangelios son leídos de manera continuada, y en cambio no suceda lo mismo con Juan. El evangelio de Juan se lee esporádicamente, en algunas fiestas, en los días feriales de mitad de agosto cuando las iglesias están medio vacías y poco más. Esto ya sucedía así desde los mismos inicios de la iglesia porque el evangelio de Juan era visto con sospecha e incluso era juzgado como herético. Si una cosa es cierta, es que Juan se distancia notablemente de la línea teológica que siguen los otros tres evangelistas.

Lo cierto es que la lectura de Juan resulta incómoda. El evangelista manifiesta que Jesús, con

su radicalidad, elimina las instituciones sacras del Antiguo Testamento y las sustituye con su persona. Seguidamente veremos el significado de “*luz verdadera*”. Más adelante, Jesús dice de sí que es el “*pan verdadero bajado del cielo*” (6,51), sin hacer ninguna mención del “*maná*”, el alimento que Dios concedió al pueblo peregrino, y que es figura de la ley. Lo que da vida a la persona no es la observancia de una ley, sino el hacerse pan para los otros, como hizo Jesús.

Luz verdadera, pan verdadero, pues. Declarará también que él es la “*verdadera vid*”, o sea, el verdadero pueblo de Dios, pues la vid era la imagen clásica que representaba al pueblo de Israel, y ahora pasa a denominar al pueblo que es reunido en torno a Jesús. Llegará incluso a declarar que es el “*verdadero pastor*”, pues los otros no son pastores, son bandidos. Jesús se presenta como la única guía, el pastor que da la vida por las ovejas, mientras que tacha a los otros de mercenarios que usan las ovejas para su propio interés. Jesús hace lo contrario.

Subrayando la proximidad de la luz verdadera, el evangelista está insinuando la existencia de otras luces falsas. Como decíamos antes, las tinieblas no se presentan como tales, no aparecen como un poder portador de muerte, un poder dominador. Un dictador no se presentará nunca con un rostro feroz, sino sonriente. Evita mostrarse como un agente negativo, para engañar así a las personas con otra apariencia más aceptable. Son las falsas luces, las que son presentadas como tales pero que en realidad no lo son.

Aquí tenemos una alusión evidente a la ley, que pretendía atribuirse a sí misma el papel de luz absoluta. En nombre de esta ley carente de vida, será asesinado el mismo Jesús. La ley es la enemiga de Dios, es la tiniebla que intenta sofocar la luz, es la muerte que intenta vencer a la vida. Es enemiga del hombre porque intenta impedir en el hombre la realización del proyecto divino, que cada hombre llegue a ser hijo de Dios. El evangelista pone en guardia a la comunidad: ¡atención, no dejad que os deslumbren las luces falsas!

La única luz, aquella que da esplendor al hombre, es la acogida de Jesús y de su mensaje, así como la traducción de este mensaje en actitudes que manifiesten visiblemente el amor de Dios, y no hay otras. Todo el montaje característico del mundo religioso, no son más que luces falsas las cuales, no pudiendo nutrir, matan al hombre. Al respecto, contamos con el testimonio excepcional de uno de los grandes arrepentidos de la historia, Saulo de Tarso, que se vanagloriaba de ser fariseo en cuanto a la ley, irreprensible en la observancia de la misma.

Los fariseos habían extrapolado de toda la ley 365 mandamientos y 248 prohibiciones, para un total de 613 preceptos. San Pablo, Saulo, se jacta de observarlos todos e incluso llega a afirmar que superaba en el judaísmo a la mayor parte de sus coetáneos, por su encarnizada y celosa defensa de las tradiciones de los padres. Era, pues, el perfecto observante de la ley, de los preceptos, de todas las tradiciones. Pues bien, dice Pablo: “*desde que he conocido a Jesús, he dejado perder todas estas cosas y las considero como basura*”. Lo que antes era importante, se convierte en desecho una vez que se conoce a Jesús. Previamente, Pablo se esforzaba por ofrecerle a Dios cosas que para Dios son basura y no sabe qué hacer con ellas.

“*Que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*”. A pesar de la acción negativa de las tinieblas, Dios consigue que llegue a cada hombre el aliciente de la plenitud de vida que la ley intenta sofocar. Por muy densas que puedan ser las tinieblas, el amor de Dios se las arregla siempre para alcanzar y tocar el corazón de cada ser humano. Y esto es así, porque el deseo de plenitud es consustancial al hombre, forma parte de su intimidad, y aunque a veces esté oculto, sofocado, en realidad está solo aguardando el momento propicio y las condiciones necesarias para desarrollarse y expresarse.

El evangelio, de hecho, no es una novedad que cae del cielo. El evangelio formula el anhelo de plenitud de vida que cada persona lleva dentro de sí. Aunque la religión lo haya sofocado, narcotizando al ser humano, el contacto con el mensaje de Jesús produce un efecto asombroso: la llama que parecía del todo apagada, retoma vigor.

El siguiente versículo – trágico de por sí- contiene una severa advertencia para todos: “*En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por medio de él (el proyecto) –o, “de ella” (la palabra)- , pero el mundo no la (lo) conoció*”. Todo cuanto existe en la creación tiene como finalidad la realización de este proyecto, que tendrá lugar en la figura de Jesús. Pero el evangelista hace una denuncia muy fuerte. Una vez que este proyecto se ha cumplido, o sea, una vez que Jesús ha

venido al mundo, precisamente los suyos, las personas que mejor debían comprenderlo, no solo no lo reconocen, sino que lo rechazan.

¿Qué quiere decir el evangelista?. Juan sugiere que cuantos pertenecen al poder, todos los que forman parte de una ideología de muerte que impide al instinto natural del hombre poder conocer la fuente de la vida, están imposibilitados de conocer al Dios de Jesús, que es un Dios al servicio de los hombres. Todos cuantos ambicionan el poder y todos los que aceptan ser sometidos al mismo, no podrán nunca conocer el proyecto que Dios tiene hacia ellos, porque se trata de un proyecto de servicio, totalmente distinto de la enseñanza religiosa. La religión enseñaba que el hombre había sido creado para servir a Dios, un Dios, pues, de un egoísmo alucinante. El Dios que muestra Jesús es completamente diferente: no es un Dios que reclame el servicio por parte de los seres humanos, es él quien se pone al servicio de los mismos.

Esta es la gran novedad que irrumpe con Jesús en la historia de la humanidad: un Dios que se abaja hacia el hombre a fin de elevar al hombre hasta su misma altura. Entonces, si Dios se expresa en el servicio, se deduce que todos aquellos que dominan, o que anhelan dominar, o que aceptan ser dominados, serán completamente refractarios a este Dios. Por eso, el tema del desconocimiento estará presente a lo largo de todo el evangelio. En 1,26 dice Juan el bautista: *“En medio de vosotros está uno a quien no conocéis”*. Jesús mismo dice: *“No sabéis ni de dónde vengo, ni a dónde voy, no conocéis ni siquiera a mi Padre. Si me conociérais, conoceríais también a mi Padre”*.

Ellos desconocen a aquél que ha enviado a Jesús. Jesús reprocha continuamente esta falta de conocimiento de Dios, que provocará después la tragedia del pueblo. La jerarquía religiosa era la primera en desconocer la voluntad de Dios genuina. Pensaban solo en los propios beneficios y ventajas, que despachaban como voluntad de Dios. Y, sin embargo, a través de los profetas, Dios había puesto en guardia a su pueblo ante este peligro.

Hay un texto extraordinario del profeta Oseas. En él, el profeta indica que los sacerdotes constituyen el peligro más grave para la comunidad de los creyentes: *“¡Pero nadie pleitee ni reprenda nadie, pues solo contigo, sacerdote, es mi pleito!. En pleno día tropezarás tú, también el profeta tropezará contigo en la noche, y yo haré perecer a tu madre. Perece mi pueblo por falta de conocimiento. Ya que tú has rechazado el conocimiento, yo te rechazaré de mi sacerdocio”* (Os 4,4-6). El pueblo muere porque no conoce el rostro de Dios. El Dios que presentan los sacerdotes es solo la proyección de sus intereses y ventajas, sin tener nada que ver con el Dios verdadero, que es el único que puede comunicar vida. Por eso, el pueblo muere.

Posteriormente, Oseas combina el conocimiento de Dios con el tema del sacrificio: *“Misericordia quiero y no sacrificios, conocimiento de Dios y no holocaustos”* (6,6). Cuando se llega a conocer el verdadero rostro de Dios, los sacrificios pierden su función. Por eso, quienes viven de sacrificios, no llegarán nunca a conocer a un Dios que no exige nada al hombre, lo invita solo a acoger la inmensidad de su amor gratuito.

¡Esto es una tragedia para muchas personas!. Hay personas que pasan la vida sacrificándose por Dios. Cuando se encuentren cara a cara con el Padre eterno, le presentarán con orgullo el resultado de sus renunciadas y actos virtuosos, pero Dios les hará comprender su reprobación porque, haciendo así, han reprimido el flujo vital, la vida, que él les había concedido. Ya antes que Jesús, el profeta Oseas había proclamado sin tapujos: *“misericordia quiero y no sacrificios”*. El sacrificio se dirige a Dios, la misericordia, a los hombres. Dios no pide sacrificios, es una pérdida de tiempo, cosas sin importancia a los ojos de Dios.

*“Vino a su casa y los suyos no la (lo) recibieron”* (1,11). Consecuencia trágica del desconocimiento de Dios será el rechazo del proyecto que llevaba a la plenitud de la vida. Y esto, por parte de quienes –más que nadie- tendrían que haberlo acogido, es decir, los *suyos*. Con el vasto término “suyos”, el evangelista indica la familia de Jesús (Juan dice expresamente que los hermanos de Jesús no creen en él), sus paisanos y todo el pueblo de Israel. Todos lo han desdeñado. En Nazaret lo consideraban como un santón que practicaba la brujería o como un herético, un blasfemo merecedor de la muerte. O bien, pensaban que había perdido la cabeza, todo ello porque Jesús había realizado algo fabuloso que nunca antes había acaecido en la historia del mundo: había presentado un Dios distinto, que nada demanda a la gente, un Dios

que lo da todo, que no quiere ser servido, un Dios que se pone él mismo al servicio del pueblo. Esta nueva imagen de Dios rompía el castillo teológico que escribas y fariseos habían construido, lo hacía caer sin compasión.

En todo el evangelio de Juan, el verbo “acoger” –con esta determinada expresión verbal– aparece solo dos veces: aquí y en el momento del prendimiento de Jesús. El evangelista no se anda con rodeos: o se acoge a Jesús como artífice de vida, o bien se le acoge para darle muerte. No hay, para Juan, otras alternativas. Juan recrimina la falta de acogida por parte de los contemporáneos de Jesús, pero, al mismo tiempo, lanza un mensaje para la comunidad de los creyentes de todos los tiempos: Dios se manifiesta de un modo siempre nuevo. Pero en el ámbito religioso, en el cual manda la tradición, las personas son reacias a aceptar e incapaces de reconocer la novedad. Cuenta solo lo que siempre se ha hecho y cómo se ha hecho.

Es éste precisamente el drama de Saulo. Saulo amaba al Señor; en su nombre se puso a perseguir a estos herejes y locos que destruían la imagen de Dios. Cuando se encuentra frente a frente con Jesús, éste le dice: “*soy el Jesús que tú persigues*” (Hec 9,5). En nombre de Dios, Pablo perseguía al Dios que se estaba manifestando. Es una admonición muy severa dirigida a la comunidad cristiana: se requiere una renovación mental continua para poder acoger la presencia de Dios, porque existe siempre el riesgo de que la comunidad se transforme en una institución rígida regulada por las leyes. Y ahí, el Espíritu no puede hacer nada.

La comunidad de Jesús está llamada a ser una comunidad dinámica animada por el Espíritu, que es siempre nuevo. En la Biblia, el Espíritu es aquél que dice: “*Hago nuevas todas las cosas*”. Pero la institución tiende a convertirse en algo rígido, inmóvil, un cuerpo inflexible gobernado por leyes intocables. De hecho, una tradición hebrea presentaba a Dios con esta fórmula: “*Dios es aquél que es, que era y que será*”, o sea, el Dios que conocemos es el mismo que conocieron nuestros padres y el que se manifestará al final de los tiempos. Pues bien, la escuela del evangelista Juan toma y emplea esta expresión, pero la modifica sustancialmente. El autor del Apocalipsis, en efecto, escribe: “*Dios es aquél que es, que era, y que viene*”. El verbo *ser* cede su sitio al verbo *venir*.

El verbo *venir* indica aquí una acción continua. En otras palabras, la experiencia de Dios que tiene la comunidad no debe ser nunca definitiva, la última palabra. Debe siempre dejar la puerta abierta para nuevas experiencias más grandes de Dios. Estad atentos a los que os dicen “se ha hecho siempre así”, porque están cerrando la puerta al Espíritu del Señor. La experiencia real del Dios que es y que era, debe servir como base para reconocer y acoger un Dios que continuamente viene, que se manifiesta sin pausa en la creación. Los que se aferran a la imagen del Dios que era, se convierten en guardianes del mausoleo embalsamado de un Dios perteneciente al pasado. Y de ese modo, se corre el riesgo de saber todo acerca de Dios, pero no saberlo reconocer cuando se presenta.

Llegamos ahora al versículo central. El prólogo está estructurado de una manera especial, con un versículo explosivo en el centro, en torno al cual todo gira. Recordaréis que hemos presentado el prólogo como el himno del amor de Dios para la humanidad, pues bien, el núcleo del prólogo es el versículo 12: “*A todos cuantos la (lo) recibieron...*”. A pesar del rechazo de parte de la familia de Jesús y del pueblo de Israel, ha habido también una respuesta positiva, fuera del pueblo de Israel.

Juan está pensando aquí en los samaritanos, en los herejes, en los paganos que han reconocido y acogido a Jesús. Resulta extremadamente paradójico: cuanto más lejos se está de la religión, más fácil resulta percibir la presencia de Dios; cuanto más inmersos se está dentro del mundo religioso, más difícil es reconocer la presencia de Dios, porque la religión se basa en la tradición, en las intervenciones de Dios en el pasado, por lo que no acierta a descubrir la presencia de un Dios que viene continuamente.

En cambio, las personas que no están inmersas en el ámbito de la religión carecen de prejuicios, tradiciones e ideas preconcebidas, por lo que son los primeros en percibir la presencia del Señor. Esto lo dice Juan y también los otros evangelistas. Pensad, por ejemplo, en la diatriba de Jesús con los fariseos. Fariseo significa *separado*. Ellos se separaban de los demás a base de observar los 613 preceptos de que hemos hablado antes. Eran una élite espiritual, por

lo que creían tener derecho a los primeros puestos en el reino de Dios.

En el evangelio de Mateo, Jesús habla de dos clases de personas por culpa de las cuales los fariseos pensaban que se retrasaba la venida del reino de Dios, es decir, los publicanos (recaudadores de impuestos que eran impuros) y las prostitutas. A estas personas, que se permitían el lujo de despreciar a los que consideraban pecadores infames, Jesús les dice: “abrid los ojos, mirad que os han quitado el sitio; los publicanos y las prostitutas os han precedido en el reino de Dios y os habéis quedado fuera”. Y esto, ¿por qué?. Porque al Dios de Jesús no le atraen los méritos de los hombres, sino solo sus necesidades.

Es la gran diferencia entre la religión y la fe. En la religión, el hombre debe merecerse el amor de Dios con su propio esfuerzo, con el propio compromiso; en la fe de Jesús, el hombre debe solo acoger el amor de Dios. Al Dios de Jesús no le interesan los meritos de los hombres, dirige su atención a lo que el hombre precisa.

Por esta razón, en la parábola del fariseo y el publicano del evangelio de Lucas, Dios ignora al fariseo que se jacta de ayunar dos veces por semana y de pagar el diezmo aun de las cosas más insignificantes (Lc 18,9-14). Dios lo ignora, y se siente irresistiblemente atraído, en cambio, por el pecador publicano que no tiene ni siquiera el valor de entrar en el templo, e implora solo misericordia. Según la tradición de la época, para el publicano no había ninguna salida: no podía convertirse, le estaba vedada la salvación por mucho que quisiera cambiar de vida. Su culpa era imborrable, un caso desesperado. Por eso precisamente, el amor de Dios se siente atraído hacia él.

“*Pero a todos los que la (lo) recibieron...*” (1,12). Distanciándose también aquí de la tradición religiosa judía, el evangelista no habla de un Dios hacia el cual la persona deba tender, al cual la persona deba siempre buscar. Habla de un Dios que la persona puede acoger. Pero la acogida de Dios está condicionada por un profundo cambio de mentalidad. Acoger a Dios supone estar dispuestos a cambiar la idea que uno tiene de la divinidad, para adaptarla a la imagen que se contempla en Jesús. La búsqueda de Dios es una empresa vana y confusa en la medida en que es vana y abstracta la imagen de Dios objeto de dicha búsqueda: un Dios que, dice la Biblia, nadie ha visto nunca. La acogida que Jesús proclama es, al contrario, inmediata y concreta.

La búsqueda de Dios puede aislar a la persona del mundo y puede acabar desembocando en misticismos estériles e inútiles. La acogida de Dios inserta a la persona dentro de la sociedad con una acción positiva e eficaz en favor de la humanidad. “*Pero a todos los que la (lo) recibieron, les dió poder de ser Hijos de Dios*” (1,12). He aquí el centro del prólogo; el proyecto de Dios sobre la humanidad. Se trata de un Dios que propone a los hombres establecer una relación muy especial, pero no como hizo Moisés, siervo de Dios, que propuso una alianza entre los siervos y su señor, alianza basada en el sometimiento y en la obediencia. Jesús ofrece una alianza entre los hijos y su Padre, basada no en la obediencia, sino en la práctica de la similitud: “*les dió poder para ser Hijos de Dios*”.

El proyecto de Dios sobre la humanidad es comunicar su misma condición divina a los hombres para hacerlos como él. Esto supone un golpe mortal a toda la tradición religiosa, porque la religión sobrevive a base de inculcar en la gente la convicción de ser indignos ante la divinidad. Frente a la santidad de Dios, el hombre se siente un miserable pecador. En el libro de Job hallamos estas palabras: “*El hombre, ese gusano; el ser humano, esa oruga*”. En el Talmud, las expresiones son aun más despectivas: “*El hombre es un gusano que no tiene dueño*”, el ser humano, así pues, no es sino un gusano que produce repugnancia, sobre todo cuando se le compara con la santidad inalcanzable de Dios.

Con Jesús, todo esto cambia radicalmente. El hombre no es un gusano, el hombre está llamado a realizarse en plenitud y a alcanzar la condición divina, la del hijo de Dios. Jesús revoluciona las relaciones existentes entre Dios y el hombre, e instaura una relación Padre-hijo basada en la semejanza. ¿Qué significa “ser hijo de Dios?” Indica dos cosas: por parte del hombre, hijo es aquél que se parece al Padre, dice Jesús. El hijo hace todo lo que ve hacer al Padre. Por parte de Dios, indica protección hacia ese hijo.

Esta condición de filiación divina a la que se nos invita, no es, sin embargo, para todos;

afecta directamente solo a quienes acogen a Jesús, pero es una posibilidad abierta a todas las personas: Dios es Padre *para* todas las personas, pero no *de* todas las personas. No se nace hijos de Dios, se llega a serlo. Se llega a ser hijos de Dios acogiendo a Jesús y a su mensaje, traduciendo esta acogida en actitudes prácticas que manifiesten tal amor.

Por tanto, si bien es cierto que Dios es Padre para todos los hombres, no lo es menos que no todos los hombres son sus hijos. Según la tradición hebrea, para ser hijos es necesario asumir los valores transmitidos por el padre, pero es evidente que se pueden también asumir otros valores y convertirse, por ejemplo, en hijos del diablo. Hijo de Dios es aquél que asume los valores de Jesús y, en sintonía con él, cumple las obras de su Padre; e igual se puede decir de los hijos del diablo, que, en el evangelio de Juan, corresponde al poder y a la mentira. Los poderosos y los estafadores son portadores de muerte, hijos del diablo.

En suma, este versículo nos muestra un Dios tan enamorado de los hombres que les dice: “Deseo que lleguéis a ser mis hijos. Procurad ser semejantes a mí, porque creceréis en la medida en que os parezcáis a mí; por mi parte, os garantizo mi total protección”.

### **Tercer encuentro**

Retomemos la lectura del evangelio de Juan. Ayer nos quedamos en el versículo central, el más importante, cuando el evangelista dice: “*Pero a los que la (lo) recibieron, les dió poder de ser hijos de Dios*” (1,12). Decíamos que Dios estaba tan enamorado de la humanidad, que deseaba darle el regalo más precioso, su misma condición divina. Decíamos también que “hijos de Dios” no se nace, sino que se diviene. Es una elección que hace el individuo. Hijo de Dios es aquél que, en plena sintonía con Jesús, cumple las obras de su Padre, y la obra del Padre no es sino la comunicación incesante de vida en un continuo don de amor, comunicación que tiene por objeto también a quien no se lo merece.

Si queremos saber si somos o no hijos de Dios, si estamos en la senda justa o no lo estamos, podemos recordar de forma esquemática (y, en consecuencia, necesariamente reductiva) estos tres elementos: ¿somos capaces de amar a quien no se lo merece? (porque el Padre se comporta precisamente así con nosotros); ¿somos capaces de hacer el bien simplemente por la alegría de hacer el bien (sin esperar nada a cambio)?; ¿somos capaces de conceder el perdón antes de que nos lo pidan?. Si es así, podemos estar seguros que somos semejantes al Padre en su obra.

En el evangelio de Juan, aparte de la posibilidad de llegar a ser hijos de Dios obteniendo la condición divina, existe también la posibilidad de convertirse en “hijos del diablo”. La suerte de la persona depende, pues, de aquél a quien decide parecerse. ¿Por qué Jesús es hijo de Dios?. Porque todo lo que es y tiene lo comunica a los otros. Hijo de Dios es quien orienta su existencia al servicio de los demás. Cuanto más damos, más se enriquece nuestra existencia. Donarse al otro no hace que la persona disminuya, la ayuda a crecer. Porque Jesús se donó sin reservas, obtuvo la vida completa. El discurso opuesto lo podemos hacer sobre Judas, al cual el evangelista define e identifica como ladrón, porque retiene para sí lo que pertenece a otros.

Judas es el hijo del diablo, aquél que posee la vida de los otros, lo que ellos son y tienen, aspirando para sí la linfa vital ajena. Pero quien sustrae la linfa vital de los demás, sus energías, en realidad no hace más que renunciar y desprenderse de su propia fuente de vida. Quien comunica vida, enriquece su existencia, quien quita vida –y esto puede hacerse de muchos modos, solapadamente, con sutileza, bajo la máscara del afecto, como hacen erróneamente algunos padres en relación a sus hijos-, opta por empobrecer la propia vida. Solo quien la entrega, reencuentra su vida, quien la retiene celosamente, la pierde, frustrando así su proyecto vital.

Continúa el evangelista: “*A los que creen en su nombre*” (1,12). “Creen” en el evangelio de Juan significa adherir a alguien, en este caso, a Jesús y a su mensaje; “en el nombre” supone la identificación con el Señor. Se diviene hijos de Dios mediante la opción personal por Jesús. Pero es necesario tener en cuenta que esto no se realiza de una vez para siempre. Es una condición dinámica: cada vez que optamos por vivir para los demás, estamos alimentando la vida en nosotros mismos. Esta opción se va desarrollando y expresando en el tiempo de manera progresiva, a través de una actividad que semeja la obra que Dios mismo lleva a cabo: comunicar vida mediante obras de amor.

Esta opción vital es posible para todos. Cuanto Dios pide no es algo reservado a personas extraordinarias, fuera de lo común. Comunicar vida con obras de amor pueden hacerlo todas las personas, sin excepción. Es así como el hombre se realiza y se va pareciendo cada vez más al Padre. Por esto, ser hijos de Dios tiene dos significados: por parte del hombre implica el compromiso de ser semejante al amor de Dios; por parte de Dios, supone la protección que garantiza a sus hijos.

Bajando al terreno de lo concreto, ser hijos de Dios supone renunciar radicalmente a tres ambiciones, decir un no firme a tres verbos malditos: *poseer, escalar, mandar*, los cuales desde siempre suscitan en el hombre reacciones de *rivalidad, odio y violencia*. Renunciando a la mentalidad que estos tres verbos transmiten, se colabora con Jesús en la construcción del Reino de Dios, esa sociedad distinta en que cada ser humano puede vivir libre y feliz, dando la espalda a los falsos valores como el dinero, la ambición, la riqueza, para sustituirlos con el compartir y con el servicio. He aquí la definición del hijo de Dios: aquél que está siempre dispuesto a compartir lo que es y lo que tiene con los demás, la persona que ha orientado su existencia al servicio del prójimo.

Jesús no reclama adhesión a determinadas verdades teológicas. Invita a optar por él como persona: “*los cuales no fueron generados de sangre ni de deseo carnal ni de deseo de hombre, sino de Dios*” (1,13). Aquí, el evangelista supera la teología del Antiguo Testamento. En el libro del Génesis se lee que: “*Dios creó a los hombres a su imagen y semejanza*”. La creación es, pues, una obra externa a Dios, que Dios cumple. Juan, en cambio, afirma que las personas han sido generadas de Dios; se trata de una generación que parte de lo más íntimo, de la interioridad de Dios.

¿Qué quiere decirnos el evangelista?. Con estas palabras, subraya aquí dos tipos de nacimiento: el humano y el divino. En 3,3 afirmará: “*El que no nazca (= vuelva a nacer) de lo alto, no puede ver el Reino de Dios*”. “De lo alto” es una expresión que indica la procedencia divina. Si uno no cambia completamente la orientación de la propia existencia, y la orienta “en Dios” –no se trata de evadirse del mundo, sino orientar las energías hacia el bien de los hombres, como hace Dios-, no ve el Reino de Dios.

Por tanto, la primera fase consiste en orientar la existencia colocando en el centro de la misma, como valor absoluto, el bien de los hombres. El segundo paso: “*El que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios*” (3,5). Primero se divisa el reino, después se penetra en el mismo. “Nacer de agua y de Espíritu” significa el bautismo en el Espíritu santo: dejarse empapar, quedar sumergidos completamente en el amor de Dios, para traducirlo luego en conductas prácticas de amor.

Continúa adelante el evangelista: “*El proyecto (=la palabra) se hizo carne*” (1,14). El evangelista evita el término *hombre*, que habría sido más lógico. Emplea *carne* porque es una palabra que indica de modo más evidente la debilidad de la humanidad. El proyecto divino se realiza en la debilidad de la existencia humana de Jesús, no en la potencia desbordante de un “super hombre”. Jesús no es un super hombre; la plenitud de la vida de Dios brilla en un hombre de carne y hueso, brilla en la debilidad de la condición humana: se trata de una persona visible, accesible, palpable.

Por primera vez aparece indicada cuál sea la meta de la obra creadora de Dios, el objetivo hacia el que tendía toda su acción: que el hombre mortal obtenga la condición divina. Toda la acción creadora de Dios, sin ninguna excepción, converge en este único punto: que el hombre alcanzase la condición divina, y esto se ha realizado en Jesús. Jesús es el hombre en plenitud, el modelo de hombre, aquél que –habiendo realizado en plenitud su propia humanidad- alcanza la condición divina.

El evangelista continúa: “*Puso su tienda –o, mejor, acampó- entre nosotros*”. Esta traducción es más fidedigna que no la habitual “habitó entre nosotros”. Juan está usando la imagen de la tienda porque en el Antiguo Testamento, Dios pidió a Moisés que le hiciera una tienda en la que él pudiera caminar junto al pueblo. Por tanto, Dios no era distante del pueblo, había decidido habitar junto a él, y, dado que el pueblo habitaba en tiendas, también Dios lo hace. Dios solicita a Moisés una tienda en la que habitar y desde la que poder manifestar su gloria. La tienda es



figura, pues, de la manifestación visible de la santidad y del poder divinos.

En Exodo 40,34-35 leemos. “*La nube cubrió entonces la Tienda del Encuentro y la gloria de Yahve llenó la Morada. Moisés no podía entrar en la Tienda del Encuentro, pues la nube moraba sobre ella y la gloria de Yahve llenaba la morada*”. Ahora, escribe el evangelista, - atención, porque se trata de una novedad radical, una novedad que puede transformar nuestra relación con Dios y, consecuentemente, con los hombres- la tienda de Dios, el lugar donde el Señor habita entre los seres humanos y muestra su gloria, es un hombre. Un hombre mortal, un hombre débil en quien se manifiesta la plenitud de la gloria de Dios. El evangelista anuncia, así, la gran sustitución que presentará en su evangelio, y que anticipa ya en el prólogo.

Una de las primeras acciones de Jesús en el evangelio de Juan es la eliminación del Templo. El Templo ya no es necesario. No solo, resulta además inútil y nocivo, porque es el lugar en el que los creyentes ofrecían los sacrificios a Dios. Pero este no es el Dios de Jesús. El Dios de Jesús no demanda nada de los hombres, es él quien comunica todo a los hombres. Por eso, ya no hay necesidad del Templo. De ahí que Jesús se sirva de un azote para expulsar a los vendedores y a los compradores del templo. No se trata de una manifestación de ira contra el comercio realizado en la casa de Dios, ni mucho menos de un intento de purificar el templo. Lo que Jesús no tolera es que haya que rendirle cuentas a Dios, que el hombre deba privarse de sus bienes para ofrecérselos a Dios, porque Dios no los necesita.

Los sacerdotes han engañado a las personas, haciéndoles creer que sus ofrendas eran entregadas a Dios, cuando en realidad las desviaban hacia sus propios bolsillos. No hay ya necesidad de lugares sagrados. El único lugar sagrado donde se manifiesta en plenitud la santidad de Dios es un hombre: el Hombre-Jesús, que comunica su misma gloria a cuantos lo siguen.

En el evangelio de Juan, en el relato del encuentro de Jesús con la samaritana (4,21), Jesús afirma que ha llegado el momento en que el pueblo no adorará más a Dios en el monte de Samaria –el monte Garizim, donde estaba enclavado un templo-, ni en el templo de Jerusalén (4,22), ya que los verdaderos adoradores adoran al Padre en Espíritu y en verdad, de lo que el Padre se complace (4,23). El único culto que, a través de Jesús, Dios pide a los hombres es la acogida de su amor y la prolongación de este amor hacia los demás.

El antiguo culto era, de algún modo, humillante, porque suponía un menoscabo, una disminución de las energías de las personas, acababa por sustraerles sus fuerzas. El nuevo culto, en cambio, es enriquecedor, ennoblece y potencia a los hombres con la misma energía de Dios. El hombre no debe dar nada a Dios. Dios pide ser acogido, y el hombre, robustecido y potenciado por la acogida de este amor, debe solo derramarlo hacia los demás. Por esta razón, el autor del libro del Apocalipsis escribirá: “*Pero no ví santuario alguno en ella, porque el Señor, el Dios todopoderoso y el cordero, son su santuario*” (21,22).

El culto a Dios no precisa de un lugar privilegiado. No tiene ya sentido la distinción entre espacio sagrado y espacio profano. El verdadero culto a Dios consiste solo en extender su amor entre los hombres, y esto es posible siempre y en cualquier lugar. No se requieren templos sagrados ni santuarios, espacios privilegiados, cuya época ya ha concluido. Y este tipo de culto, lejos de privar de algo al hombre, lo eleva y lo hace cada vez más semejante al Padre.

El evangelista continúa: “*Hemos contemplado su gloria*” (1,14). Viene a decir que en esta tienda en la que ha acampado este “proyecto” de Dios, esta palabra, se ha manifestado la gloria, el esplendor de la presencia divina que manifestaba su santidad. Esta no está ya sujeta a un lugar material, resplandece en una persona que se puede tocar, que se puede ver, Jesús. Dios no guarda celosamente su gloria, la comunica a los hombres.

En el evangelio de Juan encontramos un episodio significativo en el que Jesús manifiesta su gloria. Se halla al inicio del evangelio, y Juan dice expresamente: “*Aquí manifestó Jesús su gloria*” (2,11). Esta expresión –que no es usada en referencia a ninguna de las acciones extraordinarias que cumple Jesús, como la resurrección de Lázaro u otros eventos destacados-, la usa el evangelista para la transformación del agua en vino en las bodas de Caná.

¿Qué significado tiene dicha transformación?. La relación entre Dios y su pueblo era

representada por los profetas usando el lenguaje nupcial. Y el símbolo del matrimonio en el mundo hebreo es el vino. Todavía hoy, el esposo y la esposa beben vino de la misma copa en la ceremonia nupcial: el vino es símbolo del amor que une. Bien, en el matrimonio que refiere Juan no existe más amor, porque falta el vino. En la casa en cuestión, había seis ánforas de piedra (el evangelista especifica este detalle: no eran jarras de arcilla), que contenían el agua para la purificación de los judíos. He aquí por qué no existía ya más amor: la religión había inculcado en las personas el sentimiento de pecado, el sentido de la indignidad, de modo que por mucho que se esforzaban, las personas se sentían siempre en culpa. Nunca alcanzaban una comunión satisfactoria con Dios, porque Dios era exigente, meticuloso, lejano de la impureza que los hombres contraían aun en los acontecimientos normales de la vida. Por ello, el hombre tenía siempre necesidad de purificación.

Había seis ánforas de piedra que contenían seiscientos litros de agua para la purificación. No era agua destinada al uso alimenticio, se usaba para los ritos de purificación en gran cantidad, ya que su uso se hacía necesario con mucha frecuencia. Jesús transforma todo este conjunto de cosas. Con él, no se requiere ya la purificación del hombre para hacerse merecedor del amor de Dios; el agua se convierte en vino como regalo de abundancia desbordante de parte de Dios. He aquí la nueva relación de Dios con los hombres: el ser humano no tiene que merecerse el amor de Dios, puede acogerlo como un don gratuito que le es concedido. Y es precisamente aquí donde Jesús manifiesta su gloria. La antigua alianza, basada en la observancia de la ley, es sustituida por la nueva, fundada en el amor gratuito e incondicionado.

La gloria de Jesús se manifiesta en el anuncio de una nueva relación entre Dios y el hombre, que se fundamenta ahora en la semejanza, más allá de la obediencia. Cada vez que el hombre es capaz de amar a quien no lo merece, de hacer el bien sin pretender nada a cambio, de adelantarse a perdonar antes que se le solicite el perdón, allí se manifiesta la gloria de Dios. Con Jesús –dice Juan– no solo se puede ver la gloria de Dios, sino que ésta viene comunicada a los creyentes.

La religión se fundamentaba desde siempre en el abismo creado entre Dios y los hombres, entre la santidad de Dios y la indignidad de los hombres. Con Jesús, todo esto queda anulado y pasa a mejor vida. La misma gloria de Dios, o sea, la manifestación visible de su santidad, que el Padre donó a su Hijo Jesús, ahora él la comunica con creces a cuantos lo siguen. En 17,22 Jesús lo expresa claramente: *“La gloria que tú me diste se la he dado a ellos, para que sean una sola cosa como nosotros somos uno”*. En la carta a los Filipenses, Pablo abunda en esta idea: *“siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios”* (2,6). Jesús dona este tesoro a todos, para que sean uno como él es uno con el Padre; así hace posible experimentar la misma unidad que existe entre Jesús, el Padre y el Espíritu. Es evidente que, lejos de ser el hombre un gusano miserable, como enseña la religión, posee realmente una dignidad enorme.

Las personas que deciden adherir a Jesús en su vida son el único santuario desde el que se irradia el amor de Dios. Si tuviésemos hacia las personas que encontramos en la vida la misma devoción y reverencia que tenemos hacia los objetos de la iglesia o hacia las ceremonias religiosas, nuestra existencia experimentaría un cambio profundo. La comunidad de los creyentes es el lugar-santuario desde el que se irradia la presencia de Dios, la cual se traduce en obras que comunican vida. Ella es el único santuario, ha terminado ya la época de los peregrinajes. No tiene ningún sentido acudir a los santones, a las apariciones, a los personajes carismáticos, porque es imposible encontrar lo que se busca: no está ahí. El único auténtico santuario es la comunidad de los creyentes. En el Antiguo testamento, ver la gloria de Dios provocaba la muerte de los hombres; en el Nuevo testamento, es, en cambio, la condición para tener vida.

Seguimos leyendo el texto: *“Gloria que recibe del Padre como hijo único”*. Por hijo único, o primogénito, se entendía en la cultura de la época, la figura del heredero, aquél que recibía todo cuanto poseía su padre. La gloria que brilla en Jesús no es un simple reflejo de la de Dios, es la plenitud de la gloria del Padre. Este es un detalle muy importante, porque de ahí se deduce que Jesús no es como Dios, sino que Dios es como Jesús. Este es un punto de partida esencial para comprender todo el desarrollo del evangelio.

¿Qué quiere decir aquí Juan?. Si decimos que Jesús es como Dios, quiere decir que partimos

de una determinada imagen de Dios. Pero es una imagen creada por la religión, por las filosofías o las supersticiones, proyección, en definitiva, de los miedos, ambiciones y frustraciones humanas. El evangelista da la vuelta por completo al razonamiento: ¡Dios es como Jesús!. A Dios nadie lo ha visto nunca, el único modo para descubrir quién es Dios, consiste en fijar la mirada en Jesús.

Todas las imágenes de Dios que no se corresponden con cuanto vemos en las enseñanzas, en la vida, en las obras de Jesús, resultan inadecuadas, incompletas o incluso falsas, por lo que es necesario eliminarlas sin ninguna lástima. El Dios que se manifiesta en Jesús es un Dios amor, un Dios no bueno, sino exclusivamente bueno, que a todos comunica su amor. La idea de un Dios ofendido por el pecado de los hombres, que amenaza con castigar a la humanidad, es fruto del paganismo y no tiene ya ninguna validez, porque ha sido desmentida por la enseñanza de Jesús.

Dios no castiga, no amenaza ni somete a los pecadores a un régimen penitenciario. Al contrario, ¡los invita a comer!. En aquella época, dado que todos los comensales comían del mismo plato, comer juntos significaba comunión de vida. Jesús no espera a que las personas se hayan purificado, no le interesa la supuesta dignidad de las personas para acogerlo. La religión enseñaba que era necesario purificarse para poderse acercar al Señor. Jesús le da la vuelta a la tortilla de forma magistral: “acógeme y serás limpio, hazme espacio en tu vida y quedarás purificado”, nos viene a decir.

La presencia de Jesús manifiesta la misma presencia del Padre. En Juan 14, Felipe solicita a Jesús: “*Muéstranos al Padre y nos basta*”. La respuesta de Jesús es demoledora: “*¡Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, Felipe, y aún no me conoces!. Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*”. El conocimiento de Jesús da paso al conocimiento de Dios: “*¿Cómo puedes decir: muéstranos al Padre?. Las palabras que yo digo, no las digo por cuenta propia; el Padre que permanece en mí, cumple sus obras. Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí; al menos, creedlo por las obras*” (14,8-11).

Para Jesús, el único criterio de validez son las obras, obras que han comunicado vida a los hombres. En uno de sus choques con las autoridades judías, a la pregunta de éstas acerca de la veracidad de la enseñanza de Jesús, éste responde invitando a poner en práctica su mensaje. Si a partir de esta experiencia de vida, descubren que se liberan en ellos nuevas energías de amor, libertad y serenidad, entonces está claro que el mensaje procede de Dios. Esta es una indicación preciosa también para nosotros aquí y ahora. Si la puesta en práctica del mensaje de Jesús nos hará más libres y felices, con una felicidad desbordante que inunda también a las personas del entorno, entonces es señal de que se trata de un mensaje auténtico. La presencia del Padre en Jesús y en las personas se manifiesta mediante obras que extienden la acción creativa de Dios, obras que comunican vida. Nosotros prolongamos la acción creadora del Padre cada vez que transmitimos energías vitales y comunicamos vida a los demás.

El prólogo prosigue en un crescendo embriagador, hasta alcanzar cotas de alturas insospechadas. “*Lleno de gracia y de verdad*” (1,14). Juan se remonta a la manifestación del libro del Exodo, donde el mismo Dios afirma que: “*El es el Dios misericordioso y leal, rico de gracia y de fidelidad*”. El adjetivo hebreo que significa *rico*, se puede traducir también por *lleno*. La plenitud del hijo consiste en el amor, y el término *gracia* indica un amor generoso que se traduce en *don*.

Aquí debemos dar un paso adelante. Hemos afirmado previamente que Dios no dirige su amor a quien se lo merece, sino a quien lo necesita. Ahora encontramos la explicación: el amor de Dios no nace de la necesidad del hombre, sino que la precede. Esta afirmación otorga gran serenidad al hombre, porque le hace consciente de la magnitud del regalo que se le concede gratuitamente y de forma incondicionada. Es un amor que precede a la misma creación y que no desea sino comunicarse a manos llenas. Así pues, “*Lleno de gracia y de verdad*” significa colmo de un amor que es fiel. Aunque el ser humano caiga en la infidelidad, el amor de Dios permanecerá siempre fiel, como Jesús es fiel a lo largo de todo el evangelio.

El encuentro de Dios con el hombre pecador no está hecho de amenazas, sino a base de un ofrecimiento de amor que se renueva siempre. Cuando Jesús se encuentra con la Samaritana, él

es el esposo que va en busca de la esposa adúltera. No la amenaza con castigos. Antes bien, le dice: “*Si reconocieras el don de Dios...*” (Jn 4,10). No hay lugar para la amenaza, Jesús ofrece a la adúltera un amor mayor del que ha podido experimentar hasta ahora.

Cuando en la dramática noche de la traición, Jesús se halla sentado con Judas, toma un pedazo de pan, lo moja y se lo ofrece a Judas. Se trata de un gesto muy importante. En los banquetes con huéspedes de prestigio, el anfitrión iniciaba la cena exactamente con ese mismo gesto, ofreciendo el plato al invitado de mayor categoría. Frente al traidor, Jesús no cesa de ofrecerle su amor, haciéndole ver la importancia que tenía para él. Ante la traición y la infidelidad, el amor de Jesús no se echa para atrás. El amor de Dios es siempre fiel. De ahí que Jesús conquiste con su amor a Pedro y a Tomás.

Según una imagen bíblica, el pecado del hombre es como una piedra que cae en un torrente de agua. La piedra no solo no detiene la corriente, sino que le da aún más ímpetu. Paradójicamente, cuanto más pecamos, mayormente suscitamos el amor de Dios hacia nosotros.

El evangelista es consciente de que ha volado bien alto, y hace una breve pausa, trasladando al lector el testimonio de Juan el bautista: “*Este era del que yo dije: el que viene detrás de mí se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo*” (1,15). Juan niega que él sea el Cristo, el esposo de Israel. Jesús es quien debe fecundar a este pueblo.

Así comenta el evangelista este pasaje: “*Pues de su plenitud hemos recibido todos gracia tras gracia*” (1,16). ¿Qué quiere decirnos el evangelista?. Tras presentar el testimonio del bautista, vuelve a escalar hacia alturas vertiginosas. Los momentos del amor que Dios comunica se suceden en un crescendo infinito y sin límites, excepto los límites que pone el ser humano. Jesús lo dice: “*Dios concede su Espíritu –o sea, el amor- sin medida*”. El amor de Dios es ilimitado, los límites los ponemos nosotros.

Todos los espacios de nuestra existencia que están ocupados por el rencor, los resentimientos, los egoísmos, avaricias y cerrazón mental, no pueden ser ocupados por el amor de Dios. Donde no llega el amor que produce la vida queda solo la pudredumbre de la muerte. En otras palabras, el amor se alimenta a sí mismo. La comunicación de amor de parte de Dios alimenta en el hombre una nueva capacidad de amar, la cual atrae y suscita nuevas capacidades de amor. Cuanto más ama, más aumenta la capacidad de amor y de generosidad en el ser humano.

Pero también existe la otra cara de la medalla: del mismo modo, el odio se alimenta a sí mismo. Quien vive en el rencor y en el resentimiento, se alimenta de rencor y de resentimiento. Cuanto más vivimos en el amor, más ocasiones damos a Dios de que manifieste su amor. Pero por mucho que amemos a los demás, nunca llegaremos a la medida del amor que Dios nos da a nosotros. Cuando tendremos necesidad, la respuesta de Dios será mil veces mayor que el amor que hayamos derramado hacia los otros.

Lo específico de la comunidad cristiana es precisamente participar en este amor que comunica vida. El mensaje de Jesús no se transmite a través de proclamas doctrinales, catecismos, etc, sino mediante la transmisión de experiencias de vida. No tiene sentido inculcar la doctrina a la fuerza, la persona acaba vomitando y rechazando todo. Las parroquias a veces son verdaderas fábricas de ateos, no hacen sino transmitir doctrinas en vez de experiencias de vida, plenitud de vida. Hay que hacer percibir a los demás la riqueza de la vida de Cristo. Y entonces, solo cuando la persona se interroga acerca de lo que hay detrás de esta vida, entonces tiene sentido ofrecer explicaciones doctrinales.

Este es el lenguaje que todos entienden. Las fórmulas doctrinales cambian con el tiempo y quedan pronto obsoletas, porque están expresadas en un lenguaje y en una cultura que sufren inevitablemente las transformaciones de la historia. Es ley de vida que así sea. Sin embargo, los gestos que comunican vida son comprendidos universalmente, en cada época y lugar, y son siempre los mismos: por ejemplo, no hace falta ninguna explicación para entender lo que es una caricia, un beso, un abrazo, etc. La prueba que puede aportar la comunidad cristiana para dejar constancia de la vida genuina que atesora, consiste en una respuesta generosa de amor al amor que ha recibido de parte de Dios; esta respuesta de la comunidad dará ocasión al Padre eterno para que derrame más amor aún, y esto conducirá al individuo hacia su crecimiento verdadero.

En el evangelio, todo este mensaje queda desarrollado plásticamente en el episodio de la vid y los sarmientos que narra Jesús. El inicio del relato es muy importante: “*Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que no da fruto, lo corta, y todo el que da fruto, lo limpia, para que dé más fruto*” (15,1-2). Antiguamente, las traducciones usaban de manera incorrecta el verbo *podar*. Quizás se querían justificar de ese modo las desgracias que ocurren en la vida: “lo que sucede es que el Señor te ha podado para ponerte a prueba”. Era la imagen de un Dios perturbado mentalmente, un criminal que torturaba a sus hijos para comprobar si éstos lo amaban. Pero el evangelista no usa para nada el verbo *podar*, usa siempre el verbo *purificar*. Como agricultor, el Padre desea solo que la viña produzca fruto abundante. Si existen elementos nocivos que impiden al sarmiento dar el fruto debido, el Padre se ocupará de ello. No toca al sarmiento, ni a los otros sarmientos preocuparse. Es asunto del Padre.

La única preocupación sensata que los hijos deben albergar es cómo transformar en amor hacia los demás este amor que Jesús comunica. Será el Padre quien se encargue de eliminar las tendencias equivocadas, los elementos negativos que pueda haber en nuestra existencia. Si es el propio individuo quien se encarga de hacerlo, caerá inevitablemente en el círculo estrecho del egocentrismo, desaprovechando de ese modo la oportunidad de comunicar energías vitales preciosas a los demás. No se trata de encerrarse en torno al propio yo, se trata de orientar la existencia hacia los demás a fin de comunicarles la energía de la vida. Y además, si constatamos que el Padre no elimina determinados aspectos de nuestra existencia, es señal de que, después de todo, no son tan negativos como puede parecer.

Juan dice en su primera carta: “*En esto conoceremos que somos de la verdad, y tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo*” (1Jn 3,19-20). La conciencia se basa en la moral vigente, pero la moral puede cambiar. De hecho, lo que hace años era pecado, hoy ya no lo es. Por eso, la única preocupación razonable es la de amar al prójimo. Si nos dedicamos a eliminar lo que pensamos sean defectos, corremos el riesgo de desequilibrar nuestra existencia, centrándonos en nosotros mismos y alimentando solo el propio yo. Cuando nos dedicamos a mirarnos a nosotros mismos, nuestros límites y defectos se nutren – paradójicamente- de esa actitud cerrada y, en vez de desaparecer, se robustecen.

Jesús nos presenta la imagen de un Dios que no se deja vencer en cuanto al celo hacia sus hijos. Cuanto más grande sea la respuesta del hombre a su amor, mayor será la acción del Espíritu sobre él, acción que lo transforma en hijo de Dios. Es como el obrar de un padre que continuamente comunica vida al hijo para hacerle crecer. Todo aquél que produce amor, atrae y suscita la intervención de Dios, quien va eliminando progresivamente el mal que pueda haber en la persona. En efecto, la respuesta del Padre al hombre que produce amor no es otra que la eliminación gradual de los aspectos que le impiden vivir libremente la capacidad de amar. Nuestro objetivo exclusivo debe ser, por tanto, esforzarnos por amar siempre más y mejor a las personas que tenemos en torno. Cuando el Padre observa esta actitud, colabora a que crezca este amor.

Hemos llegado a los últimos versículos, y terminamos: “*Porque la ley fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo*” (1,17). Con Jesús, ha finalizado para siempre la relación con Dios que se basaba en el cumplimiento riguroso de la ley. Por ley se entendían los cinco primeros libros de la Biblia, los cuales contenían todas las normas de comportamiento, incluidos los mandamientos, que hacían posible el encuentro entre los hombres y Dios. Bien, todo esto ya no tiene vigencia, ha pasado a la historia.

“*La gracia y la verdad*”, o sea, este amor fiel, “*nos han llegado por Jesucristo*”. En la antigua alianza, el creyente obedecía a Dios observando sus leyes. En la nueva alianza, el creyente es quien se asemeja al Padre a base de poner en práctica un amor similar al suyo. ¿Cuál es la diferencia?: mientras que la infidelidad y la traición del hombre hacían nulo, abolían el pacto con Dios, ahora el amor fiel de Dios no admite ningún tipo de condicionamiento. Aunque el hombre no lo ame, Dios sigue amando al hombre. A pesar de la infidelidad del ser humano, Dios permanece fiel, porque el pecado del hombre no interrumpe la comunicación de amor por parte de Dios.

El versículo conclusivo supone, en realidad, una invitación a leer el evangelio: “*A Dios nadie*

*le ha visto jamas; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (1,18). El evangelista es categórico. Ni siquiera Moisés ha visto a Dios, no obstante las afirmaciones en ese sentido de la Biblia. El Hijo único que es Dios y está en el seno del Padre, es él quien nos lo ha revelado. Expresándose así, el evangelista relativiza la importancia de todas las afirmaciones contenidas en el Antiguo testamento, todo cuanto enseñan Moisés, Elías y otros. Todas las descripciones de Dios que hacen estos personajes son limitadas o incluso falsas. Así pues, también Moisés queda excluido, y, en consecuencia, se sigue que la ley por él transmitida no podía reflejar la plenitud de la voluntad de Dios, porque Moisés no vió a Dios.*

Aparece ahora por primera vez en el prólogo y en el evangelio la definición de Dios como Padre, que es necesario entender según la cultura de la época. En la lengua hebrea no existe el término “progenitores”. Existe un padre y una madre, con funciones completamente diferentes. El padre es quien genera al hijo, la madre, una especie de incubadora que recibe el semen del hombre, lo hace desarrollar y, luego, lo trae al mundo. Hoy sabemos que en el hijo están combinados elementos tanto del padre como de la madre, pero en aquella época esto no era evidente. Por ello, afirmando que Dios es Padre, el evangelista pretende decir que recibimos la vida solo de él. Esta frase constituye la conclusion del prólogo, así como el inicio a la lectura del evangelio.

Concluyamos ahora nuestra lectura del prólogo con una invitación: el único modo de conocer a Dios es conocer a Jesús, y en este momento, se nos abren las páginas del evangelio. En las mismas, encontramos un rasgo que se repite constantemente, un rasgo característico de Jesús y, por tanto, también de Dios: nos encontramos con un Dios enamorado de los hombres, un Dios que se coloca siempre a favor de ellos, un Dios que comunica vida y, sobre todo, un Dios que se pone al servicio de los hombres para lavarles los pies.

Lavar los pies a alguien en aquél tiempo suponía algo repugnante. Solo los inferiores tenían la obligación de hacerlo respecto a sus superiores: el hijo hacia el padre, la mujer hacia el marido, los discípulos hacia el maestro. La gente caminaba descalza, sobre superficies polvorientas, llenas de fango y estiércol. Los pies eran, pues, la parte más sucia del cuerpo. Pues bien, Jesús, el Santísimo, manifestación plena de Dios, no pretende que el hombre se purifique antes de acercarse a él. Al contrario, es él quien se abaja y comienza a purificarlo a partir precisamente de la parte más sucia del hombre. Esta es una imagen nítida de la acción que Dios realiza en favor de cada uno de nosotros, sus hijos.